



Julito Cabello y las salchipapas mágicas

¡Pobre familia Cabello! Necesita conseguir dinero. Para comer y vivir decentemente, debe crear un restaurante. Y no cualquiera, sino uno que les guste a todos los críticos de comida y que transforme a la familia Cabello en millonaria. ¿Cuál será la receta para solucionar este problema? ¿Será con ketchup o será con mayonesa?



Esteban Cabezas

Es chileno y ha sido monaguillo, scout, actor aficionado, fotógrafo de bandas de rock, editor de cultura de distintos medios, crítico de cine y crítico de restaurantes. Es calvo y no es flaco. Y, la primera vez, no es simpático.

A partir de los 9 años



Julito Cabello y las salchipapas mágicas

Esteban Cabezas



Ilustraciones de Marko Torres

C.C. 28002733
ISBN: 978-956-300-275-1



Norma

www.librerianorma.com

Norma

Julito Cabello y las
salchipapas mágicas

Julito Cabello y las salchipapas mágicas

Esteban Cabezas

Ilustraciones de Marko Torres

Norma

www.librerianorma.com

Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,
Lima, México, Panamá, Quito, San José,
San Juan, Santiago de Chile.

Cabezas, Esteban, 2011

Julito Cabello y las salchipapas mágicas /
Esteban Cabezas; ilustraciones de Marko Torres.
Santiago de Chile — Editorial Norma, 2011.

Monjitas 527, piso 17, Santiago

p ; 11.6 x 20.0 cm. — (Torre de Papel Azul)

A partir de 9 años.

© Esteban Cabezas, 2011

© Editorial Norma S.A., 2011

Monjitas 527, piso 17, Santiago de Chile, Chile

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la Editorial.

Impreso en Chile - Printed in Chile

Primera edición: 2011

Cuarta reimpresión: enero de 2014

Ilustraciones: Marko Torres

Diagramación: Sasha Laskowsky-Ziguilinsky

CC: 28002733

ISBN: 978-956-300-275-1

Contenido

Oh, mísero de mí	9
El pan se puso duro	13
El virus eliminador	15
No era un virus, era peor	19
La mañana hum	21
Y ese sábadof	25
Domingof	29
Y ese lunef	31
El día del cinturón	35
Lluvia de ideas	37
Después de la tormenta	39
El “papá crisálida”	43
Soluciones	45
Al patio del saber	49
Arrepentido	53
La tarde de los pigmeos	57
El día decisivo	61
Bob decorador	65
Rápido, <i>fast</i>	69
La dura verdad	73

Qué hacer	77
Y así ocurrió	81
Gran noche gran	83
Una noche inolvidable(f)	87
La semana del <i>rating</i>	93
Días veloces	97
El tiempo vuela	101
El perfil del enemigo	105
Malditos bastardos	109
Alarma, alarma	113
Mientras tanto, en la cocina	119
Segundo <i>round</i>	121
Y en resumen	125
Y esa misma noche	129
A defender el pucará	133
Dos días después	137
Salchipapas dominicales	141
Uno de los llamados	143
Semana de decisiones	145
Preguntas en el colegio	149
A la mañana siguiente	151
Un mes después	155
Ese día	157
Ese mismo día	161
Cambios en el videojuego	165



Una noche	71
Y así ocurrió	81
Otra noche gran	88
Una noche inolvidable	87
La semana del sang	51
Primer día	1
El domingo	101
El día del sábado	103
Miércoles burocrático	104
Jueves almorzar	117
Viernes tarde en la oficina	120
Sábado tarde	121
Y así ocurrió	125
Una noche más	129
El día de la paz	133
El día de la paz	137
El día de la paz	141
El día de la paz	145
El día de la paz	149
El día de la paz	153
El día de la paz	157
El día de la paz	161
El día de la paz	165

Oh, mísero de mí

¿Quién dijo que lo bueno de ser niños es que no tienen responsabilidades? ¿Habrá sido un viejosaurio que se olvidó de cómo era realmente ser pequeño? Porque yo, Julito Cabello, les digo que ser niño no es fácil.

- Primero, hay que ir al colegio.
- Segundo, hay que comerse toda la comida.
- Tercero, hay que ir al dentista. ¡Auch! (y al colegio, ya lo había dicho).
- Cuarto, hay que acostarse cuando los papás dicen "a acostarse".
- Quinto, hay que ver películas "para niños" (y hay unas z-z-z zúper entretenidas).
- Sexto, hay que darles besos a los parientes

arrugados (y caras de pasa).

Séptimo, hay que hacer gimnasia o-bli-ga-to-ria-men-te.

Octavo, hay que hacer maquetas y a veces te quedan los dedos todos pegotes.

Noveno, hay que levantarse cuando todavía está oscuro (y hay vampiros y hombres lobo dando vueltas).

Y décimo, hay que leer libros para que después te hagan una prueba y te pregunten todo, hasta el más mínimo detalle, para pillarte si leíste un resumen, o si viste la película, o si te contaron el libro justo antes de entrar a la sala.

Entonces: NO DIGAN QUE MI VIDA ES FÁCIL, ¿OK?

Y si consideramos que en mi casa hay dos adultos (esos que se llaman papá y mamá, Julio papá y Rosa mamá), un hermano menor (Beltrán Cabello, alias el pato rockero, exniño hámster) y una bebé (María Cabello, recién nacida y con olor a leche en polvo, hasta que se hace caca), se darán cuenta de que en mi hogar hay concentración de niños. O sea, mucha gente pequeña viviendo estresada (aunque la María duerme todo el día). Por eso les digo: prepárense para lo que vendrá. Porque aunque el viejo refrán fósil dice "las guaguas vienen con una marraqueta bajo el brazo" (o sea, con comida, o sea, plata, o sea lo que sea, pero bueno y para echarle mantequilla), mis

papás esperaban que con la llegada de María nos convertiríamos en una panadería feliz y millonaria.

Pero no fue así.

¡Tatatataaán!



El pan se puso duro

Y vamos con la descripción de este viejo juego protagonizado por mi familia. Mi papá es como Super Mario, pero no es plomero. Es crítico de restaurantes y le pagan por ir a comer y después poner una nota de 1 a 7 tenedores. ¡Y le pagan por eso!

Mi mamá no es como Luigi, pero sí como la princesa Peach, pero no es princesa, es periodista. Y escribe de plantas y flores en una revista que se llama *La casa feliz*.

Luego estoy yo, Julito Cabello, el centro de este universo paralelo de videojuego virtual.

Después vienen esos dos hermanos míos de los que les hablé, que no serían ni hongos

de este juego. O sea, me dan lo mismo, porque este juego es mío y yo lo inventé. ¡Ja, ja, ja! Soy malo, y qué fue.

Entonces, este videojuego es como la vida misma. O sea, mi papá va cazando monedas y saltando obstáculos para aumentar su vida y la de nosotros. Y mi mamá lo ayuda, porque a veces Mario (perdón, Julio) se cansa y hay que seguir agarrando monedas para comprar pan (marraqueta), la leche y los cereales de Beltrán (esos asquerosos de todos colores que tienen olor a perfume rasca).

El gran problema es que este videojuego ha llegado a su *game over*. Y ese final es el comienzo de esta triste historia.

¡Snif! (y saquen un rollo de papel de baño, que el llanto es largo).

El virus eliminador

Hasta ese día (conocido como “el” día), mis papás trabajaban felices de la vida. Salían temprano, llegaban tarde, y una vez al mes, el día de pago, andaban más felices que payaso con cosquillas (fome, fome, FOME mi chiste). Y siempre sabíamos qué día era ese, porque les daba por ir al supermercado y llenar los carros con todo tipo de cosas.

Además, mi papá se compraba algún condimento raro (como ají de Tasmania o jalea de moco de jirafa... ya sé, no existe, Ok). Y mi mamá echaba al carro alguna planta nueva. O alguna ensalada muy cara de flores comestibles o pimentones arcoíris o tomates pigmeos.

Así era la vida-videojuego de mis papás. No éramos millonarios (sin piscina, un solo auto, un solo computador, dos teles chicas), pero tampoco éramos una flaitte-familia-chigua-suelta-una-moneda-pa'-la-micro. O sea, éramos eso que se conoce como clase media.

Justo en la mitad.

Ni mucho ni poco.

Ni esto ni aquello.

Ni blanco ni negro.

Ni ángel ni bestia.

Ni izquierda ni derecha.

Éramos miti-miti, como helado de paleta con dos sabores.

Como Bilz y Pap.

Eso, hasta "el" día.

Fue una mañana cualquiera, en la que mi papá buscó su diario en internet, porque ese día (el viernes) salía su crítica de la semana.

La María dormía y el Beltrán se daba vueltas por el living, poniendo su nueva canción rockera favorita: una de The Clash (es que mi hermanito es un pato rockero).

Mi mamá preparaba el desayuno y yo esperaba. Pero no me esperaba lo que pasó.

—¿Tendrá un virus el computador? —preguntó mi papá, entrando a la cocina.

—Que yo sepa, no —dijo mi mamá.

—Y yo lo limpié hace poco —agregué, poniendo mi cara de "doctor informático antivirus súper Shield".



—¡Bah!, que raro. Es que no viene mi crítica en el diario de hoy.

...

—Mi papá cree que eso lo puede causar un virus...

...

—Qué tierno.

No era un virus, era peor

Papá —le señalé—, los virus no hacen eso.

—¿Será un virus *diet*? —dijo mi mamá, aprovechando de hacer un chiste.

—Es raro. Raro, raro. Desde hace años, todos los viernes sale mi crítica. Y hoy le tocaba a un restaurante que se llama “La rica grasa”, donde sirven hamburguesas de un kilo, y era tan tóxico que le puse un puro tenedor. Tengo que averiguar qué pasof.

Y mi papá, que cuando le dan los nervios se pone a toser, se puso a toser mucho.

—Cof, llamaré a mi editorf. Ya vuelvof, cof.

—Ya, Julio, calma, tranquilo —dijo mi mamá no muy convencida de sus tranquilizadoras palabras.

Nos quedamos mamá e hijo en la cocina, en silencio, mientras se oía a Beltrán intentando cantar en inglés (jura) y por otro lado se escuchaban las toses de mi papá, que hablaba por teléfono (¡ja!). Pero no alcanzábamos a entender qué decía.

Suspense.

Rock infantil (horroroso).

Suspense.

Rock cantado por Beltrán (espantoso).

Y tos. Porque justo entró mi papá a la cocina, poniéndose la chaqueta.

—Tengo que ir al diario. Parece que hubo cambios y eso tiene que ver con mi crítica. Voy y vuelvo. Chaof.

Y se fue supersónico como nunca. Y ahí quedamos con mi mamá, mirándonos las caras, hasta que entró Beltrán, haciendo como que tocaba una guitarra eléctrica.

Y se puso a cantar, poniendo cara de malo.

“No sé lo que quiero, pero lo quiero ya-aaaaa”.

Uf. Ahora está *punk*.

Lo que faltaba. Un pato *punk*.

¡Kuak!

La mañana hum

Es esa mañana de “el” día fue extraña y rara (ojo que era día feriado, por eso no estaba en el colegiooooo —voz de terror—).

O sea, mi mamá andaba como en pausa. No se le notaba qué sentía. Solo limpiaba, iba a ver a la María, le cambiaba los pañales (puf), le daba comida a Beltrán (ñam) y a mí no me decía nada (...).

Era como robot-madre-jugadora de póker (o sea, no se notaba si estaba feliz o achacada).

Las horas pasaban lentas y mi papá no volvía. Entonces aproveché de comunicarme virtualmente con mi amigo Aarón, pero solo respondía “hum”. Obvio.

JULITO: Parece que mi papá puede que-
darse sin pega.

AARÓN: Hum.

JULITO: ¿Algo más que opinar?

AARÓN: A lo mejor adelgaza.

JULITO: ¡Ja, ja, ja! Idiota.

AARÓN: Por eso prefiero decir puro hum.

Y ahí apareció Andrea.

ANDREA: Hola, boys, ¿en qué están?

AARÓN: Julito me retó.

ANDREA: ¿Te dijo perno?

JULITO: Para. Eso es historia antigua. Lo
que pasa es que a mi papá no le publicaron su
crítica y puede quedarse sin trabajo (laburo,
para que entiendas).

ANDREA: Sé lo que es trabajo, *nerd*.

JULITO: ¡Ahora tú me ofendiste!

ANDREA: Es que se dice trabajo en
TODO el mundo, *meganerd*.

JULITO: Y yo que quería ser amable ha-
blando en tu idioma argentino.

ANDREA: Ya, *mister* amable, pero lo im-
portante ahora no es hablar en otros idiomas.
Lo vital es qué va a pasar con tu papá.

AARÓN: Hum.

JULITO: Eso mismo digo. Solo hum, por
ahora.

Y mientras yo lanzaba este “hum” virtual,
en nuestra casa resonó un “cof” muy real.

Y la puerta se abrió.
Mi mamá y yo fuimos directo a la puerta.
—¿Qué pasó, Julio?
—¿Qué pasó, papá?
Y ahí entró Beltrán.
—¿Alguien quiere *rock*?
—No, hijo —respondió mi papá—. Cof. No
estoy muy para *rock*.

¡Oh, no!

Es duro ver al papá de uno TAN depre, ¿no?

—¿Qué pasó, Julio?

—Pasó que cambiaron de director del dia-
rio, mujer. Y al nuevo director no le gustó mi
crítica.

—¿Por qué?

—Era director de otro diario antes, donde
publicó un tiempo ese competidor mío, Bel-
trán Artichoke.

¡Oh, no!

—Se llama Iván Gord. Cof. Y lo que más
le gusta es la comida rápida, porque encuentra
que todo lo demás es siútico. Y como justo es-
cribí esa crítica contra hamburguesas y comple-
tos gigantes, parece que no le caí muy bien.

¡Oh, no!

—Entonces me dio la oportunidad de pen-
sarlo mejor. Y si el lunes le entrego una crítica
a favor de la grasa, conservo el puesto. Si no,
estoy despedido.

O sea, como un Super Mario sin mone-
das...

Ven: no es fácil ser niño, y niño pobre puede ser aún peor. (Aunque ser papá también es duro, ¿no?).

¡Ay, qué duro todo!

Y ese sábado

Mi papá tosió el sábado como si hubiera comido una tortilla de bomba lacrimógena. (Metáfora, y fome).

Cof para allá, cof para acá. Y ninguna palabra. Solo cof.

Mi mamá andaba frenética. Esto significa que quería parecer tranquila, pero no le salía ni de casualidad. Por ejemplo, se puso a ordenar los juguetes de Beltrán.

—Beltrán, ¿qué es esto?

—Un pedazo de robot.

—¿Y sirve para algo?

—Sí, para ganarle a un pedazo de dinosaurio.

—¿Lo puedo botar?

—¿Por qué?

—Para ordenar. Tienes un montón de pedazos de juguetes y podríamos dejar solo los que están completos.

—No, mamita linda preciosa.

—¿No puedo botar ninguno?

—Es que ninguno está entero, mamá linda bella bonita de mi corazón. Son todos así.

Cabro chico extorsionador.

—¿Ni siquiera este oso sin relleno y con un solo ojo?

—Ese es el fantasma de un oso feroz ninja, mamá.

—¿Y este brazo con una espada?

—Sirve para el ataque volador antimarcianos. Es un arma secreta.

—¿Y este avión sin alas?

—Es el transporte silencioso que no ven los radares.

—¿Y este chupete?

—Ah, ese es de la María. Bótalo no más.

Y mi mamá, que solo quería tranquilizarse, se paró, dejó todos los pedazos de juguetes antiguos y se fue a ver a la María con el chupete en la mano.

Parece que su limpieza terapéutica no le resultó.

Pobrecita.

Parece que la mugre es más relajante. ¡Ja!



Domingo

El domingo no fue mejor. Como mi papá andaba como zombi (con tos) y mi mamá estaba haciendo limpieza profunda de los baños (para tranquilizarse, jura), Beltrán estaba más loco que nunca.

Se fue al living y puso el equipo a todo volumen, apretó *play* y se escucho "Pobre vaquita loca".

Beltrán puso cara de asco, sacó el *compact* y lo tiró por la ventana (eso pasa cuando no hay padres poniendo orden) y se puso a buscar en la radio.

Hasta que encontró *rock*.

Y no cualquier *rock*. Era el *rock* más PESADO que se puedan imaginar.

Rage Against the Machine. ¡Uf!

Casi se despeinó con el sonido y luego se puso a tocar una guitarra imaginaria (eléctrica, no de palo).

—Julito, esto es *rock*. Soy un pato rockero, mira.

Y se puso a tocar la guitarra imaginaria con los dientes.

Se pasó. ¿Dónde vio eso? ¿En mini-YouTube?

Y estaba en la mitad de su pato-concierto, cuando entró nuestro papá, se acercó al equipo y no lo apagó. Lo desenchufó.

Y fue como si hubiera desenchufado a Beltrán también, que se quedó como estatua (mascando su guitarra imaginaria).

Entonces, mi papá nos miró a los dos, con cara de loco (ojos como de pescado) y nos dijo:

—Niños, tendremos que apretarnos los cinturones.

Y se fue.

¡Plop!

¿Qué significará eso? ¿Qué se nos caen los pantalones y se nos ven los calzoncillos o algo peor, ah?

No entiendo.

Por ahora.

Y ese lunef

No sé qué sonaba más: si el despertador o mi papá.

COF-RING-COF-RING.

Cuando estábamos tomando desayuno con Beltrán, mis dos papás no hablaban. Solo salía una tos de vez en cuando, hasta que llegó el transporte escolar.

Dijimos chao con Beltrán, y nos fuimos.

Qué misterio, ¿no?

Ese día en el colegio no fue como para recordarlo. Tuve clases, tuve recreo, tuve clases. Vi a Beltrán en el patio, cuando estaba masticando la hoja de un árbol (era hámster de nuevo). Entonces hablé con Aarón, mi mejor

amigo, y esta vez en vivo y en directo, para contarle lo que estaba pasando con mi papá.

—Preocúpate, hum.

—¿Por qué?

—Porque “apretarse los cinturones” significa, en lenguaje antiguo, que no hay plata. Que van a adelgazar por falta de comida.

—¿Eso significa que mi papá va a renunciar?

—¿Te queda alguna duda?

¡Uf!

La vida se pondrá difícil en la casa de los Cabello, parece.

¿Tendremos que comprar de ese papel de baño barato, el que hay en el colegio, ese que parece papel de lija?

De puro pensarlo, ya me dolió. Me dolió el alma (no sean mal pensados).



El día del cinturón

Esa tarde, tres días después de “el” día, cuando mi mamá nos estaba dando la comida, nuestra casa estaba en silencio absoluto.

Solo se escuchaba a Beltrán chupando sus tallarines.

¡Slurp!

Hasta que mi papá entró, en silencio también. Y levantó la cabeza. Y habló.

¡Slurp!

—Bueno —señaló después del chupeteo de Beltrán—. Familia, tengo algo importante que contarles. Me acabo de quedar sin trabajo.

—¿Te pusiste flojo, papá? —dijo Beltrán, tan atinado.

—No, hijo. Al nuevo director de mi diario no le gustan mis críticas. Y no estoy dispuesto a cambiarlas, por lo que me pidió la renuncia. Desde el día de hoy, ya no soy más crítico de restaurantes.

¡Slurp!

—Por eso tendremos que empezar a ahorrar, hasta que encuentre un nuevo trabajo.

¡Slurp!

—Les pido que apaguen las luces, que se duchen corto y que no desperdicien la comida. Tenemos que cuidar cada peso a partir de ahora.

¡Slurp!

—Por ejemplo, dejaremos de tener televisión por cable e internet.

¡Slurp?

Ahora entendí lo de apretarse el cinturón.

¡Uf! Se me fue hasta el aire. Quedé desinfladito.

De más que ahora necesito cinturón.

Lluvia de ideas

Esa semana fue realmente extraña (más aún).

Rara.

Mi papá se paseaba en pijama por la casa, mientras mi mamá iba a trabajar a su revista. Había conseguido escribir más para conseguir más monedas, por lo que decía “chaíto” en la mañana y llegaba bien tarde, con una cara de súper agotada.

Mientras tanto, mi papá ordenaba y cocinaba hasta que nos íbamos al colegio. Y mientras no estábamos, lo visitaban sus amigos jurásicos para ver cómo estaba con la falta de pega y para tener unas reuniones algo climáticas.

Mi papá les decía “tormentas de ideas”, y era cosa de ver una pizarra donde, parece, llovían esas ideas de sus amigos.

Por ejemplo, decía “fortalezas”. Y debajo ponían:

- Bueno para comer.
- Cocina decente.
- Tose mucho (broma).
- Escribe entretenido.
- Sabe de restaurantes.

Después decía “debilidades”:

- Tose mucho (no, es broma).
- No le gusta la grasa.
- Cocina con poca sal.
- Es demasiado honesto.

Esto último sí que es raro. ¿Es una desventaja ser “demasiado honesto”?

¿Es tan cruda la verdad, como un sushi?
Pobre papito mío de mí. ¡Snif!

Después de la tormenta

Fueron como dos o tres días con los amigos de mi papá invadiendo la casa. Se comieron todo y se tomaron todos los vinos caros que mi papá tenía como “inversión” (¡ja, ja, ja!).

Hablaban, hablaban, hablaban. Uno le recomendó fundar una universidad de la comida. Otro le dijo que escribiera sus memorias. Uno le señaló que hiciera libros de cocina.

Con Beltrán los veíamos hablar y comer, hablar y tomar, y no se iban nunca.

Mi mamá estaba hecha una furia.

Sólo hacía GRRR (como la pantera del zoológico a las 9 AM, antes del bistec de desayuno).

Beltrán ponía *rock* y había que cerrarle la

puerta, porque o si no, los viejos no se escuchaban entre ellos. Y además la María podía despertarse.

En eso estuvieron, hasta que se terminó el pan, la mantequilla, el jamón, el queso, el vino y dijeron chao, todos al mismo tiempo, y se fueron (se acabaron hasta el papel del baño).

Mi papá quedó lleno de ideas, con la pizarra llena de frases y el refrigerador vacío.

Entonces, mi mamá, suave y cortante (es una pantera) le preguntó:

—¿Alguna idea buena?

—Sí.

—¿Muy buena?

—Sí, mi amor.

—Pero no estás muy convencido.

—Sí, lo estoy, pero es un cambio profundo en nuestras vidas.

¡Glup! ¡Iremos a vivir a una cueva? ¡Daremos la vuelta al mundo en un velero? ¡Iremos a colonizar la Antártica?

...

—Ya, Julio, dime.

—Poner un restaurante en nuestro garaje.

What?

¡Ponerse del lado del enemigo? ¡Un crítico de comida cocinando?

Mejor me voy a estudiar.

Parece que algún día tendré que ser yo el que mantenga a esta casa, creo. Y ser el nuevo Super Mario Cabello.



El “papá crisálida”

Esa noche, mi papá se encerró en su escritorio. Se puso a estudiar libros de cocina y a navegar por internet.

Estaba planificando su golpe, su profundo cambio de vida.

¡Jaf!

Mi mamá se notaba preocupada, pero tenía que mantener la casa en movimiento, con bebé, pato rockero y yo.

Nos mandó a la cama bien temprano. Yo creo que para quedarse meditando (y juntando miedo).

Yo, en mi cama, también estaba pensando (a veces lo hago, idiotas, qué creen).

¿Y si poníamos un restaurante chino que se llamará “El wantán con carne”?

Podría resultar, porque nunca tienen carne, sino un pedacito de grasa que parece de espinilla o de liposucción de china.

Qué asco.

¿Y si ponemos una parrillada?

No creo. Mi mamá vegetariana se muere primero.

Además, que contaminaríamos ene. Y toda esa sangre... ¡aj!

¿Y un restaurante de pizzas? Yo sé hacer pizzas... pero mejor que no. No quiero trabajar y es maltrato infantil. Ni muerto.

¿Y un restaurante vegetariano? Mi mamá, feliz-feliz. Pero mi papá, triste-triste.

Le gusta el pasto, pero nunca tanto.

¿Qué podía ser?

¿“La casa de los aros de cebolla”?

¿“El rey de la papa frita”?

¿“Burger Cabello”?

Me dormí con crujidera de tripas.

¿Cuál será la solución?

¿Poner una marisquería?

Mejor que no, porque Beltrán vería cómo cocinan a su jaiba mascota y a su pescado amigo.

Estamos en un verdadero problema.

Y sin postre.

Me cruje la guata. ¿Ya lo había dicho?

Soluciones

Al día siguiente, mi papá seguía encapsulado como una oruga (metáfora).

¡Ni salía! Mi mamá nos mandó al colegio a los hombres chicos de la casa y tuvo que partir al trabajo con la María.

Las cosas no estaban funcionando. Para nada.

Mi amigo Aarón no me ayudó en nada, típico, porque seguía pegado como lapa a Marilú, la niña color rosado.

Entonces me pregunté: ¿dónde están todas las respuestas?

¿En Wikipedia?

¡Nooo! Eso es para *nerds* y flojos (como yo,

¡ja!). La idea era buscar ideas nuevas, no ideas gastadas que todos leen mil veces al día.

Entonces fui a la biblioteca.

—Hola, Anita María.

—Hola, Julito. ¿Hay pronóstico de terremoto?

—No, chistosa.

—¿Buscas algún libro por casualidad?

—Nunca tanto. ¿Dónde está Andrea?

—Donde siempre.

O sea, junto a Cabezas y Mardones.

Qué susto. Sobredosis de energía nerdizante.

—Hola, Andrea. Y hola, ustedes dos.

—Hola —dijeron los tres al mismo tiempo.

¡Brrr!

—Bueno, perdonen ustedes dos, pero quiero hablar con la unidad humana conocida como Andrea.

—¿Y qué hacemos nosotros? —agregaron.

—Esfúmense.

—Eso es difícil, aunque según la teoría física de cuerdas y la nube de probabilidades, nuestros átomos podrían separarse, logrando aquello que sugieres —dijo Cabezas.

—¿Pueden irse a otra mesa?

—Eso sí.

—Eso sí.

—¿Andrea?

—¿Julito?

—Mi papá quiere poner un restaurante.



—¿Él? ¿Un crítico gastronómico haciendo eso? Parece el argumento de libro para niños.

—¿Cierto?

—Cierto. De un libro fome para niños.

—Y me gustaría ayudarlo, pero no sé cómo.

—Creo que hay que hablar con un especialista.

—Pero ¿con quién?

—Con tu amigo Moncho, pues *nerd*.

Obvio.

Al patio del saber

Dirigimos nuestros pasos al kiosco de Moncho, nuestro proveedor de caramelos tóxicos y bebidas de colores galácticos.

—Hola, Moncho.

—Hola, Julito. ¿Así que tu papá quiere poner un restaurante?

Ya lo sabía. Pero ¿cómo lo hace?

A lo mejor estar expuesto a tantas toxinas lo ha vuelto telépata. Por suerte es un telépata amigo.

—Yaaa. ¿Y qué sugieres?

—Una pregunta muy difícil, joven *padawan*.

—¿Por qué?

—Porque tu papá es un crítico de comida. Se supone que solo le gusta lo mejor de lo mejor. Y eso, por lo menos para mí, es un *cheeto*. No hay nada más perfecto: alimenticio, pequeño, llena, ensucia, de sabor indeterminado, deja su recuerdo imborrable, es barato y liviano. Y tu papá no haría un restaurante de *cheetos*.

—¿Quieres ayudarme o quieres deprimirme?

—Es que si te deprimes, necesitas azúcar.
¿Una bebida?

—Sí.

—Tómatela.

—Ok.

—Ahora escucha: la gente quiere comer rico. ¿Cierto?

—Cierto.

—Quiere comer barato. ¿Cierto?

—Cierto.

—Quiere comer abundante. ¿Cierto?

—Cierto

—Y va a los restaurantes porque no quiere cocinar. ¿Cierto?

—Cierto.

—Entonces, ¿qué más quieres saber?

—Tiene razón —dijo Andrea.

—Y si es tan fácil, ¿por qué no hay más restaurantes así?

—Por qué no lo ven en Wikipedia en vez de preguntarme a mí. ¿Quieres una barrita de

cereal con *marshmallow*? Se venció hace una semana, pero está buena. A mitad de precio, Julito.

—Bueno, ya.

—No te arrepentirás.

Arrepentido

Ese día llegué a la casa corriendo, arrepentido de haberme comido la barrita.

Maldito Moncho.

Apenas alcancé a ver que Beltrán llegaba junto a otro niño.

—Hola, me llamo Ismael.

—Y yo Julito, pero tengo que ir al baño. Chaíto.

Por suerte todavía nuestro papel higiénico no es el del barato.

¡Qué dolor!

Cuando volví a la cocina, me encontré con dos nuevos personajes en esta historia. Uno era Ismael. El otro, una señorita morena y de

dientes muy blancos.

—¿Cómo está usted, señor Julito?

—Bien, ¿y usted cómo está, quienquiera que sea? (¡ups!, parezco caballero, ¿por qué será?).

—Mi nombre es Laura y voy a ayudarles en la casa. Su madre me acaba de contratar.

—Mucho gusto (nunca hablo así, pero ella sí).

—Igualmente. La once está servida para usted, don Beltrán y su amiguito Ismael.

Entonces vi a mi hermano junto a su nuevo amigo. Ismael se veía muy simpático.

—Ahora sí, sin correr: hola, Ismael.

—Hola, Julito, hermano mayor de mi amigo Beltrán, mi nuevo amigo. Estoy muy complacido de haber sido invitado a vuestra casa.

What? Habla como los niños de los canales educativos del cable.

—Hermano Julito —dijo Beltrán—, espero que mi nuevo amigo te caiga bien. Los dos somos de la alianza roja del colegio, y tenemos que ensayar un baile. Por eso lo tenemos de visita hoy en nuestro hogar.

What? ¿Mi hermano también se puso como monito del cable? No sé si lo prefería hablando mal, diciendo “kaa”, o “rockiento”, o cualquier cosa de hermano chico con problema de fábrica.

—Hola, Julito; hola, Laura; hola, amigo de Beltrán —dijo mi mamá entrando—. Parece



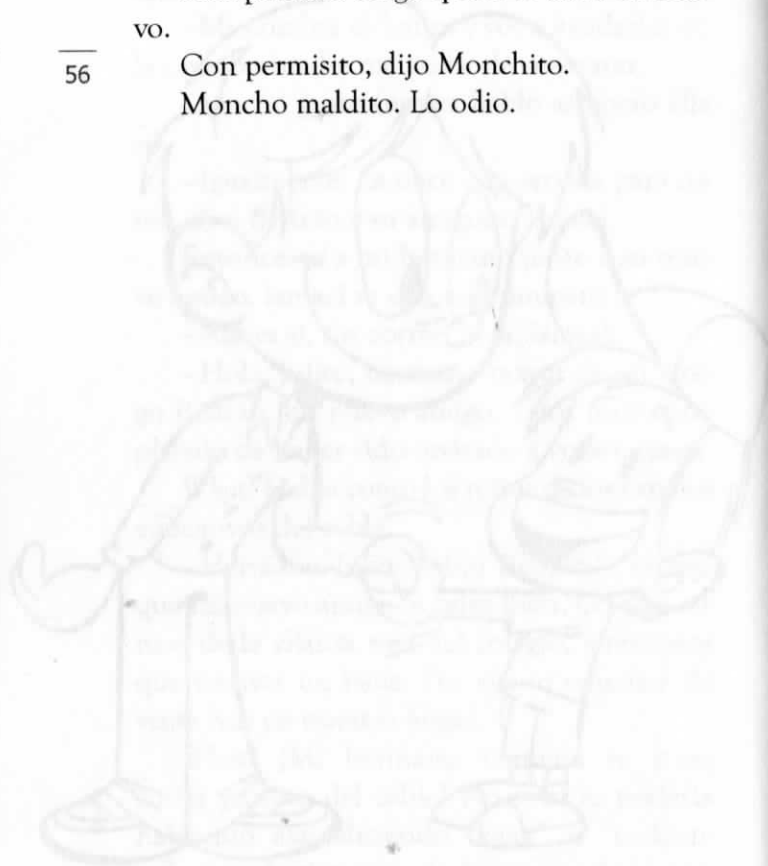
que ahora sí podemos poner un poco de orden acá, hasta que su papá salga de su cueva.

Pero ¿irá a salir? Tengo que darle las ideas de Moncho.

Pero primero tengo que ir al baño de nuevo.

56

Con permiso, dijo Monchito.
Moncho maldito. Lo odio.



La tarde de los pigmeos

No me sentía muy bien como para aconsejar a mi progenitor. Preferí esperar y observar cómo se reordenaba mi casa.

La María: zzzz.

Laura: lavándolo todo.

Mi mamá: feliz.

Beltrán e Ismael: hablando en la pieza de Beltrán, como si fuera una versión pigmea de los amigos de mi papá:

ISMAEL: Francamente no entiendo por qué a veces los legos no funcionan.

BELTRÁN: ¿Será un descuido de quienes los fabrican?

ISMAEL: Puede ser. Pero son famosos. Y si

los famosos hacen algo malo, la gente lo sabe.

BELTRÁN: Y a la gente le empiezan a caer mal los famosos.

ISMAEL: Eso, Beltrán.

BELTRÁN: Ah.

Esos dos podrían ser abogados cuando grandes, en serio.

Entonces, como ya no tenía nada más que depositar en el baño, me decidí a hablar con mi padre. Para iluminarlo con mis súper ideas (del Moncho, traidor maldito y su barrita tóxica).

¡Toc-toc-toc!

—¿Papi?

—¿Sí, Julito?

—¿Puedo entrar?

—Por supuesto, pasa.

Entonces pasé y lo vi en pijama y con cientos de *post-its*, esos papeles amarillos pegajosos, puestos en todo su escritorio.

Deben haber sido ideas.

—Papá, hablé con alguien que me dio una idea para tu restaurante.

—¿Algún papá de tu curso que tiene uno?

—No, papá, un amigo que vende comida.

Y ahí me puse a hablar, claro y simple. Y fue corto (tampoco eran tantas ideas), hasta que mi papá miró hacia arriba (el techo, las estrellas, Dios, quién sabe) y luego me miró a mí.

—Tienes mucha razón. A veces, la solución

más sencilla es la mejor solución.

Y agarró un cuaderno negro y se puso a escribir.

Y no me atendió más.

¿Habrá encontrado la solución a sus problemas?

¿Me irá a pagar algo por ayudarlo?

Broma.

El día decisivo

En la noche, Ismael se despidió así:

—Ha sido un día realmente fructífero. Haberlos conocido ha sido un agrado y quedo a la espera de una nueva reunión con mi nuevo amigo Beltrán. Hasta pronto.

Este niño podría leer las noticias en la tele.

Entonces, todos fuimos a dormir, hasta la mañana siguiente, de día sábado.

Cuando llegué a la cocina, con mi pijama y mis patatillas, mi papá estaba cocinando. El olor en la cocina era muy extraño, una mezcla de todo lo más raro imaginable.

Cuando llegaron mi mamá y mi hermano, mi papito nos avisó:

—Hoy les preparé desayuno chapín.

...

—Querido papá —dijo Beltrán modulando—, ¿y que sería eso?

—Es lo que comen en Guatemala en las mañanas. Es barato, abundante y rico.

Ah, había apuntado la lección.

El problema es que era demasiado ABUNDANTE.

Vaya desayunín el chapín: puré de porotos negros, plátanos fritos, tocino grueso, un montón de crema y huevos fritos.

Con Beltrán, los dos felices, pero mi mamá debe haber pensado que mi papá estaba absolutamente loco. Y que nos quería matar de un ataque al corazón.

—¿Qué les pareció?

—Chancho —dije yo.

—Cerdo —comentó Beltrán.

—Tóxico —señaló mamá.

—Muy sabroso, señor —opinó Laura.

Para que vayan entendiendo, este fue solo el primer experimento de mi papá. Ese día hizo parrillada coreana, tacos mexicanos con salsa de chocolate, un asado con todo lo que había dentro del estómago de una vaca y un pescado que si lo vuelvo a ver, me dan pesadillas. Se llama vieja y es más feo que mi tía Eduvigis (que la conozco por fotos, porque si tuviera que besarla, después tendría que lavarme los dientes con lavalozas).

Habría que soportar a mi papá y sus experimentos.

Hasta que vea la luz. O hasta que nos muramos de tanto comer.

Me duele hasta el ombligo. Lo juro.

Bob decorador

Pero aparte de experimentar con su familia, lo de mi papá iba en serio.

Ya había llamado a don Escolástico para que remodelara nuestro garaje, para convertirlo en un pequeño restaurante. Y uno de sus amigos jurásicos estaba consiguiendo los permisos, porque no es llegar y vender comida así no más.

Esto no es chacota. Es la vida real.

Más o menos.

Ese sábado y domingo comimos un menú que parecía de las Naciones Unidas. Todo tipo de sabores de todo tipo de países.

Y parecía que nunca iba a terminar, hasta

que llegó un plato a nuestra mesa.

—¿Qué les parece?

—Rico —dije.

—Sorprendentemente sabroso —dijo Beltrán-del-cable-gourmet-influenciado-por-Ismael.

—Me gustó —opinó mi mamá.

—Disculpe, señor, pero esto no se hace así. Esta última fue Laura.

Toda la familia Cabello se quedó paralizada. ¿Laura criticando? ¿La dulce y gentil Laura, recién llegada y que podía ser recién despedida después de decir eso?

—¡Cof! ¿Por qué, Laura? —preguntó mi papá.

—Porque así no se hace el ají de gallina.

Y ahí toda la familia (menos Beltrán, que no tiene por qué saberlo) cayó.

Es que Laura es peruana.

Y ella sí que sabe de ají de gallina.

—Ehhh, cof. ¿Y cuál es la solución?

—Mi hermana Antonia podría ayudarlo. Ella es muy buena cocinera. ¿Quiere que la llame para que lo ayude en su restaurante, don Julio?

Como dicen en las películas, esta fue una “conjunción de los astros”. O sea, se juntó el hambre con la comida. Es decir, Antonia podría ser nuestra chef. Y problema resuelto.

Creo que eso pensó mi papá, porque de inmediato le preguntó cuánto costaba el pasaje

desde Lima.

Ya estaba claro: el restaurante sería peruano. Y todo en familia.

¿Cómo se podría llamar nuestro restaurante ahora?

¿“Machu Picchu Cabello”?

¿“El suspiro Cabello”?

¿“Los Cabellos del Inca”?

No soy muy bueno poniendo nombres.

¿Ok?

Rápido, fast

La siguiente semana pasó muy rápido. El restaurante estaba listo. La cocina estaba preparada para cocinar más y más (mi papá compró todo con plata prestada... y mi mamá estaba a-te-rro-ri-za-da).

Un día llegó Antonia, la hermana de Laura. Era igual de morena, más buena para la risa, y yo creo que Beltrán se enamoró de ella a primera vista.

Es que le trajo flores del invernadero de mi mamá. Flores que son intocables, bajo pena de muerte.

—Beltrán, ¿por qué sacaste mis flores?

—Es que Antonia es muy simpática y se ríe

mucho y me cae bien, mamá.

—Ya, pero nunca más. ¿Ok?

—Ok, generala.

¿Generala? ¡Ja, ja, ja!

Hasta mi papá se rió del chiste de Beltrán, aunque mi mamá puso cara de muy mala onda. Muy mala. ¡Cuidado! *Danger!*

El cuento es que mi papá necesitaba abrir el restaurante lo antes posible.

Ya no le quedaban monedas de Mario.

Entonces organizó una cena con sus amigos jurásicos para hacer una prueba de cómo funcionarían las cosas.

Algo que se llama “marcha blanca”, dijo él.

¿Marcha blanca?

¿Cómo soldados de la Antártica en una parada militar en el polo con pingüinos canosos de mascotas?

Raro tu nombre.

Bueno. Esa noche de viernes nos tocó a mi mamá, a mí, a Laura y a Andrea (linda ella, ayudadora) atender a los fósiles en este blanco ensayo.

Dieron las ocho y llegaron todos.

Se sentaron y actuaron como si el restaurante fuera de verdad-verdad.

—Señor mozo —me decían (en vez de Julito)—, ¿dónde queda el baño?

—Donde siempre, viejo latero... ups... perdón... en la puerta del fondo, a la derecha, señor.



—Gracias, buen hombre.

Buena actuación, ¿cierto?

Entonces comenzaron a pedir los platos. Y como tengo mala memoria, tuve que anotarlos todos para llevárselos a Antonia.

—Muy bien, Julito. Tres cebiches, dos causas, un lomo salteado.

—Ok, Julito. Un chicharrón mixto y un chupe de camarones.

—¿Tres ajies de gallina? Salen en diez minutos.

Les juro que me sentía adulto. Y Andrea también, por lo que vi. Estaba súper seria atendiendo otras tres mesas.

En ese instante pidieron vino. Y unos doce minutos y quince segundos después estaban todos muertos de la risa.

Mientras tanto, Antonia cocinaba y cocinaba. Muy concentrada, pero algo rara. Como que no estaba feliz-feliz. Raro-raro, me dije.

Mi mamá, mientras tanto, estaba muy atenta.

Esta era una prueba de vida o de muerte.

Porque si no resultaba, mi papito iba a morir.

La pantera se lo iba a comer, enterito.

La dura verdad

Pasaron unos minutos y Antonia nos tocó una campana. Los platos estaban listos. Con mi mamá, Andrea y Laura fuimos y los servimos.

Empezaron a comerlos.

Mi papá también, en una de las mesas.

Y se hizo un silencio absoluto.

Muy lentamente, todos los dinosaurios levantaron la vista y la dirigieron hacia mi papá.

Él también tenía una cara rara.

Se paró de la silla y le dijo a mi mamá:

—Rosa, por favor apaga la música.

Más silencio.

—Gracias, amigos, por haber venido a pro-

bar la comida de mi restaurante. Les pido que nunca digan cómo fue este ensayo, porque nunca en mi vida había probado cocina peruana más desabrida.

Ultrasilencio.

Megasilencio.

Con Andrea nos miramos muy extrañados.

Fuimos a la cocina y metimos la cuchara en algunas de las ollas.

¡Plop!

No era malo, pero parecía cocina de hospital. Hasta los colados de la María eran más ricos.

Mi papá dijo "más vino" y nos pusimos a servir más vino.

Los vejstorios se fueron felices de la marcha blanca, pero en la cocina estaban Laura y Antonia llorando abrazadas.

Esta fue, sin duda, una marcha negra.

Pobre papá. Y pobre Antonia, que se suponía era una cocinera onda súper poderes.

¿Cuál habrá sido su kriptonita?, me pregunto yo.





Qué hacer

Esa noche nadie dijo ni pío. Los papás de Andrea pasaron a buscarla y preguntaron si todo estaba bien. Y yo contesté: “Sí, por ahora”.

Como en una tregua no pactada, nos fuimos todos a dormir. El cansancio era general (y generala, ¡ja!).

Era un tema para el desayuno.

Pasó la noche.

En los monitos animados antiguos, un gallo canta y todos se despiertan.

En nuestra casa, esa mañana, todos nos despertamos solitos y fuimos llegando a la cocina. Era el minuto de hacer un “consejo de guerra”.

¿Por qué? Porque todo había salido MAL.

—Julito hermano, ¿cómo salió todo anoche? Yo estaba dormido y no supe.

—Beltrán, todo salió podrido de malo. Nuestro restaurante fue de una ranciedad absolutamente rancia (como para que entendiera en rápido, en lenguaje niño pequeño, digo yo).

—¿Las cosas estaban podridas? ¡Fuchi!

—No. Pero nuestros papás no quedaron contentos.

—¿La generala se enojó?

—Mucho.

—Qué susto.

—Sí, hermanito. ¡Qué susto!

Entonces entraron papá y mamá. En silencio absoluto. Se sentaron. Y en aquel momento Laura comenzó a servirnos un desayuno muy raro.

—Estos son picarones.

¡Ufff! ¡Qué ricos! ¡Oooh!

—Y esta es una sopa para tener muchas ganas de trabajar.

Les juro que hasta podría ordenar mi pieza después de comerla.

—Este es un chocolate con tamales.

¡Oh! Se pasó. Laura es *top*, absolutamente *top*.

—Señores Cabello, les pido disculpas por lo ocurrido ayer. No hay explicación posible. Por eso, les solicito que consideren la posibilidad de que yo cocine en su restaurante. Y que

mi hermana quede al cuidado de los niños.

En ese momento, todos teníamos un picarón en la boca. Nos podía haber pedido que fuéramos miembros de una secta que cree en los ovnis y le habríamos dicho que sí.

Esos picarones tenían algo mágico.

Eran in-cre-i-bles.

Ricos.

Era como *donuts* incas, mejores que los gringos (*sorry*, gringos).

Pero Julito-investigador seguía con la duda: ¿por qué Antonia no cocinó bien si era *top-top-top-top*, ah?

¡Ay, qué ricos los picarones! (me distraje, y qué).

Y así ocurrió

Ese lunes iba a abrir finalmente el restaurante “El inka guatón” (fue idea de Beltrán; yo quería ponerle “El inka paz”, ¡ja, ja, ja!).

En la mañana nos fuimos al colegio con mi hermanito, mientras mi mamá se quedaba en casa viendo los preparativos de la noche de estreno. ¿Y la María?

Zzz como ziembre.

Ese día estuve un poco inquieto (¿más aún?). El futuro de nuestra familia (y de su herencia) se estaba jugando en nuestro restaurante.

Andrea algo sentía, algo cachaba, porque estuvo más simpática de lo súper simpática

que es siempre (que simpática, ¿no?).

Hasta Aarón se despegó de la cosa rosada y me habló algo.

—Julito, hum.

—¿Sí?

—Suerte, hum.

—Gracias.

—Hum.

Qué expresivo, se pasó.

Y Moncho no fue menos.

—Suerte, Julito.

—Casi me mataste el otro día.

—Pero como dice el filósofo: “Lo que no nos mata, nos fortalece”.

—¿Y le diste una de esas barritas a ese filósofo?

—No. Pero a lo mejor él sí las comió frescas, porque era del siglo XX.

—¡Ja, ja! Cómo me río.

—El humor es digestivo, dicen.

—Ya. Pero nunca con lo que tú vendes.

—Has herido mi frágil corazón. Estoy que lloro.

—Ya, chao. Poeta y payaso, lo único que te faltaba, envenenador de niños.

Ese día se me olvidó todo, hasta la materia de la prueba, así que después me fue mal. ¡Ups! Lo único que quería era llegar a la casa y ver nuestro restaurante abierto y comerme un picarón, obvio.

Ser niño no es fácil. ¿Ya lo había dicho?

Gran noche gran

Esa noche no me tocó hacer de mozo. Es ilegal, soy niño. Y con una sola multa, chao “El inka guatón”.

Por eso Laura y Antonia les pidieron ayuda a unos amigos peruanos para atender. Eso lo supe al ir a espiar a la cocina.

—Niño Julito, le presento a Edelberto, Gilberto, Norberto y Wilberto.

—¿Y Alberto?

—No pudo venir. ¿Cómo lo supo?

—Lo sospeché no más.

—¿Son todos amigos?

—Y parientes. Gilberto es el esposo de Antonia.

—Ah.

—Y viene llegando hoy mismo. Yo creo que por eso la comida salió mal el otro día. Porque Antonia siempre se ha ganado muchos premios de cocina en Perú, mientras que yo siempre quedaba descalificada.

—¿Con esos picarones? ¿Descalificada?

—Es que cocino muy mal. La buena es Antonia.

¡ESO ERA COCINAR MAL!

Entonces, ¿cómo cocinará Antonia?

Oh, *my god!*

Oh, *my Wiracocha!* (dios inca, incultos).

Ya me puse a juntar apetito, pero será para después. Entonces me fui a mi pieza, porque mi casa parecía sala de espera de urgencias LLENA.

¿Cómo lo sé? Es que una vez me metí una bolita en la nariz. No se rían. Duele.

Dejé mis cosas, me cambié de ropa y fui a ver en qué podría ser útil.

No es que me haya vuelto santo, pero tan malo no soy. ¿Ok?

Llevé servilletas a las mesas, barrí una copa que se quebró, le di unas palmadas en la espalda a mi papito (que estaba con un ataque de tos), puse a Beltrán frente a la tele con un canal educativo y una bolsa de sus cereales tóxicos (que mi mamá le compra de puro agotamiento en el supermercado).

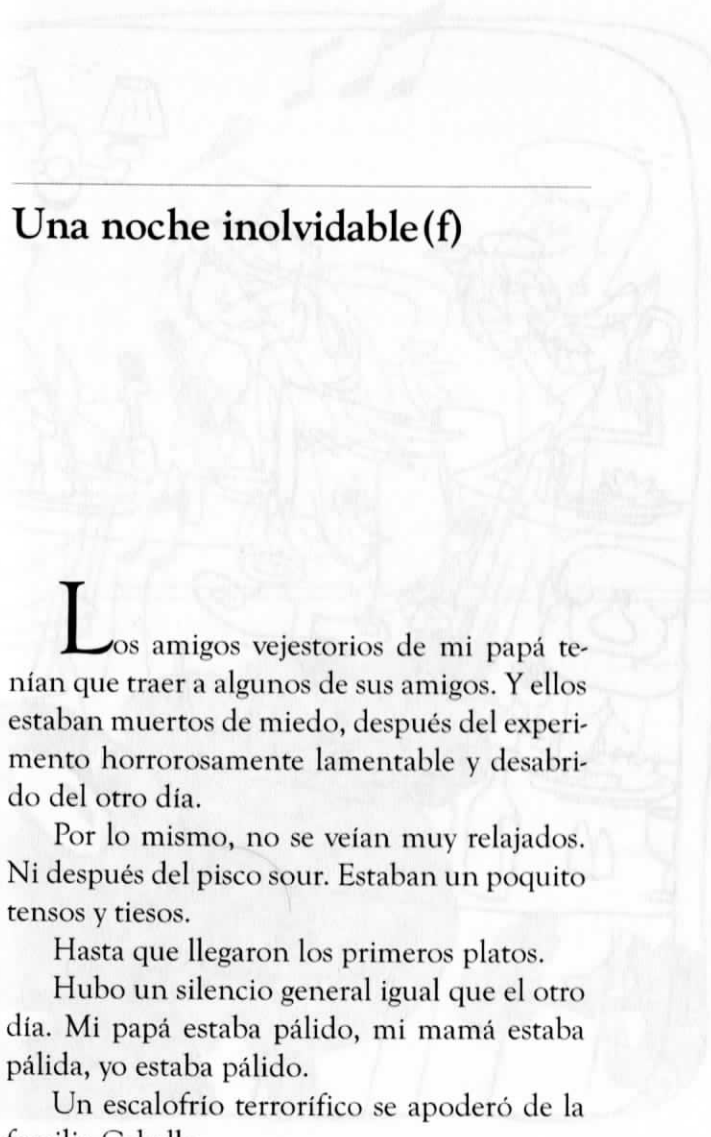
Mi papá entró en la cocina y le pidió al

personal (mozos y cocineras) que lo escucharan, por favor.

—Esta es nuestra primera noche con el restaurante abierto al público. Si sale bien (ahí comenzó), nos ira mejor. Si sale mal, no tenemos una segunda opción. ¿Entendidos?

—¡Sí, señor! —dijeron, siguiéndole la corriente, creo.

Así partió una noche inolvidable.



Una noche inolvidable(f)

Los amigos vejestorios de mi papá tenían que traer a algunos de sus amigos. Y ellos estaban muertos de miedo, después del experimento horrorosamente lamentable y desabrido del otro día.

Por lo mismo, no se veían muy relajados. Ni después del pisco sour. Estaban un poquito tensos y tiesos.

Hasta que llegaron los primeros platos.

Hubo un silencio general igual que el otro día. Mi papá estaba pálido, mi mamá estaba pálida, yo estaba pálido.

Un escalofrío terrorífico se apoderó de la familia Cabello.



Casi nos pusimos canosos de puro susto.

Hasta que se empezó a oír un murmullo.

Mmmmmmm.

Mmmm.

Mmm.

—Esto es increíblemente etéreo (un poeta).

—Nunca había probado algo así (un incrédulo).

—Esto es sublime, digno de los ángeles (una vieja siútica).

—Hoy dejo la dieta (un guatón mentiroso).

Nadie paraba de comer ni de comentar los platos. Los viejijos del grupo de mi papá estaban tan aliviados, que comenzaron a tomar más vino.

Media hora después, y tras el segundo plato, “El inka guatón” parecía discoteca. Subieron la música y hasta algunos bailaron. Se tomaron todo el vino y el pisco sour, hasta que llegaron los picarones, un regalo que les ofreció mi papá.

Nuevamente silencio.

Después del primer mordisco, algunos movían la cabeza, como diciendo “no”.

O sea, “esto no es posible”. Todos se fueron sentando, calmaditos, como si los picarones fueran chupetes de bebé (de bebés viejos y roñosos, y ojalá sin pañal, ¡qué asco!).

En ese instante salieron Edilberto, Edelberto, Norberto y Gilberto a repartir las cuentas a cada mesa. El silencio siguió mientras

sacaban sus chequeras y los billetes, al mismo tiempo que suspiraban como corredores de maratón.

Luego se fueron parando y en la salida les daban la mano a mi papá y a mi mamá. Sin felicitarlos. Es que estaban paralizados, como recién depositados por el ovni que se los había raptado.

Mi papá cerró la puerta después del último que salió. En ese minuto, mi mamá le dijo:

—Esto va a ser un éxito.

—Parece que sí —señaló mi papito.

Y se abrazaron.

¡Qué tiernos son los viejos!

Los peluches también, ojo.

La semana del *rating*

Como algunos de ustedes saben, y no es obligación saberlo, en la televisión se habla de *rating*. ¿Se come? No. Es la cantidad de personas que ven cada programa. Y cuando son pocas personas, el señor del programa dice chao (o le dicen "chao pescado") y se va para la casa. Pero cuando lo ven millones, el programa sigue y sigue y sigue y le ponen ene avisos entremedio, porque Mr. Lavalozas o Mr. Multitienda quiere que lo vean esos mismos millones de giles (*sorry*) que tienen la tele prendida.

Algo así pasó con "El inka guatón".

Ahora tenemos avisos.

Cayeron.

Mentira. Broma.

Lo que sí es verdad es que después de ese lunes nos llamaron para reservar mesas hasta el sábado. O sea, tenemos lleno total. Y con lista de espera para la semana siguiente.

94 Mi papá decidió que solo abrirá en las noches, porque quiere que nuestra casa sea casa de día, sin señores entrando y saliendo todo el rato. Mi mamá estuvo súper de acuerdo. Y la María también. Dijo zzzí.

Beltrán es otro feliz con esto de nuestra casa-restaurant. Con su amigo Ismael se meten a la cocina y aprenden cómo se hace cada plato. La dura. Se los están aprendiendo de memoria.

ISMAEL: Laura, entonces el pescado se corta en cubos de dos centímetros, se expresen tres limones, pero nunca mucho, porque o si no, se pone amargo el jugo.

LAURA: Así es.

BELTRÁN: Mientras tanto se corta la cebolla morada, en corte pluma y muy fina, y se pasa por agua caliente cinco segundos.

LAURA: Así es.

ISMAEL: Se toma un ají peruano muy rojo y muy picante, el rocoto, y se corta un par de pedacitos. Y también se pica raíz de jengibre, que ustedes los peruanos llaman kion.

LAURA: Eso es correcto.

BELTRÁN: ¿Se podrían usar sables láser?

ISMAEL: No creo. Además que nunca he

visto pescados en Star Wars.

BELTRÁN: ¿Y el comandante Ackbar es marisco?

ISMAEL: ¿Te lo comerías?

BELTRÁN: Mejor que no. Pero ya aprendí. ¿Vamos a practicar el baile de la alianza roja?

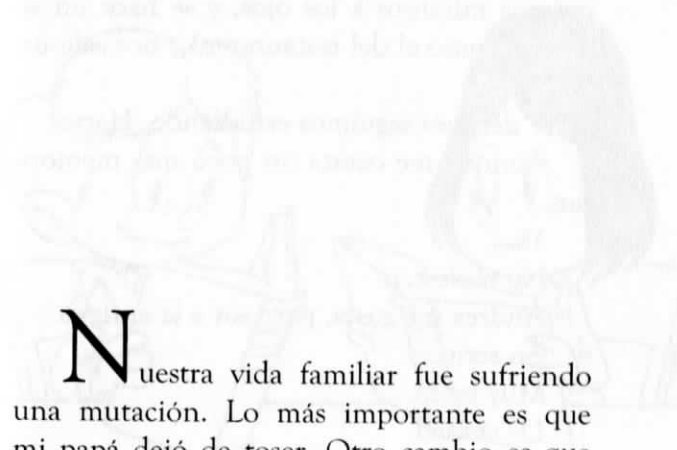
ISMAEL: Me parece pertinente. Vamos.

Si no lo veo, no lo creo.

¿Cebiche de alien? ¿En qué están pensando esos dos?

95 ¿Cebiche de Jar Jar Binks? ¡Qué asco! ¡Misa no quiere!

Días veloces



Nuestra vida familiar fue sufriendo una mutación. Lo más importante es que mi papá dejó de toser. Otro cambio es que mi mamá volvió a trabajar menos. Un aire de tranquilidad —y cilantro— llenaba nuestra casa.

La felicidad era tanta, tanta, que hasta me puse a estudiar.

Es que lo hacía con Andrea. ¡Je! No lo he contado, pero poco después de que sus papás se fueron de Chile a Argentina, se separaron.

Y Andrea volvió con su mamá, ya que su papá tenía un buen trabajo en Buenos Aires.

Parece que así es la vida: feliz yo con ella

de vuelta. Triste ella por estar lejos de su papá, aparte de la separación.

Es duro.

Pero como dice una de las leyes de la física, que estamos estudiando (sino, ni la sabría), "nada se pierde, todo se transforma".

Me gustó esa ley.

La cosa es que estudio con Andrea y a veces nos miramos a los ojos, y se hace un silencio (como el del restaurante) y nos sale un "mmm".

Y después seguimos estudiando. Harto.

Aunque me cuesta un poco más memorizar.

Ya.

No molesten.

Andrea me gusta, pero soy a la antigua.

En serio.

Muy lento.

De verdad.

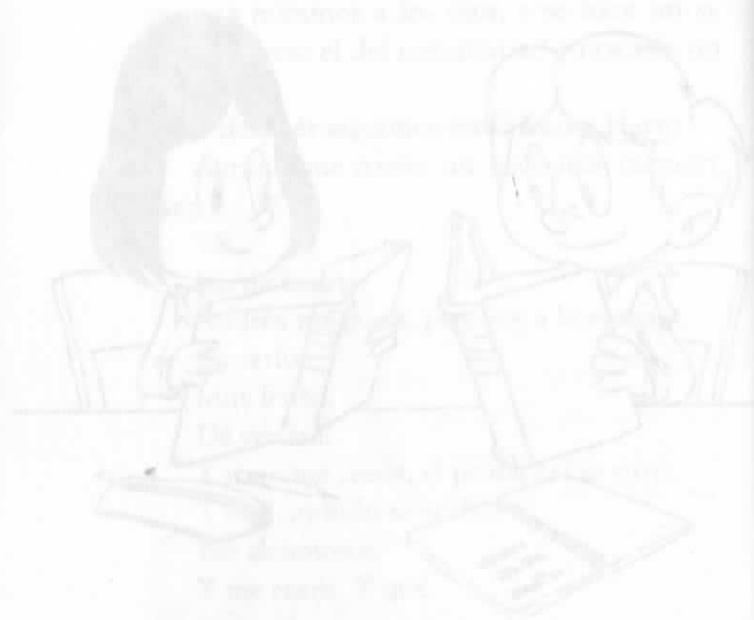
Y si no me creen, el problema es suyo.

Y este capítulo se acabó.

Por chismosos.

Y me enojé. Y qué.





El tiempo vuela

El tiempo vuela en las épocas felices.

¿Se han dado cuenta de que al estudiar historia solo salen tragedias?

¿Terremotos, guerras civiles y asesinatos?

En cambio, los pueblos felices parece que no tienen historia. De más que no.

Imagínense si para la prueba dijeran: “Estudiar a ese pueblo con un rey bueno, con mucho trigo, hartas vacas, muchas familias y ningún pobre”.

¿Qué pregunta van a hacer los profes entonces?

“Alumnos: ¿Cuántas veces se reían al día en ese pueblo?”.

En cambio, saber que la Primera Guerra Mundial partió con el asesinato de un archiduque puede valerte un punto en la prueba.

Me puse denso.

SÚPER denso.

Perdón, perdón.

Mucho estudio, lo sé.

Todo esto es para explicar que llevábamos como dos semanas de pueblo feliz, hasta que alguien llamó a mi papá por teléfono.

—¿Sí?

...

—¿En serio?

...

—Gracias por avisarme. Chao.

Alarma de evento histórico.

—Familia, personal, todos a la cocina. Ahora mismo, por favor.

En menos de dos minutos, estábamos todos allí. También Alberto, que finalmente llegó, y Heriberto y Gilberto, dos nuevos mozos.

—Escúchenme bien. Algunos de ustedes no lo saben, pero antes de abrir este negocio, yo era crítico de restaurantes.

Silencio. Algunos de los “blablá-Bertos” no lo sabían. Se notaba. O sea, no tenían idea de que trabajaban para el peor de los enemigos, un crítico.

—Pero impulsado por la necesidad, y porque es lo que más me gusta, puse este restaurante, el que gracias a todos ustedes es un ro-

tundo éxito.

Todo bien, papito, pero vaya al grano...

—Y ha resultado tan bien, que todos los críticos, mis excolegas, quieren venir y luego escribir sobre “El inka guatón”.

En ese momento, todos comenzaron a mirarse y a hablar entre ellos.

—Por eso mismo, les entregaré una carpeta con la información de cada uno de mis excolegas. Yo sé que siempre atienden igual de bien a todos los clientes, pero estos pueden ser particularmente difíciles. ¿Entendido?

Todos movieron la cabeza, casi en bloque, haciendo un sí.

Estaban listos para defender el fuerte.

O el pucará, ya que estamos históricos, ¿no?

El perfil del enemigo

Mi papá se encerró en su oficina para preparar el informe de inteligencia que tenía que entregar a sus tropas.

Cerró la puerta en la noche, solamente salió al baño y a comerse unos picarones, y volvió a trabajar.

Toda la casa (menos María) estaba esperando. Hasta Beltrán e Ismael sabían que gente del “lado oscuro” quería hacerle mal a nuestro restaurante.

¿Se imaginan a un crítico con la cara roja, cachos y falda, intentando pasar de incógnito?

¡Guaja! ¿Y el sable láser? ¡Guaja! de nuevo.

No creo que existan críticos de restauran-

tes en Tatooine, diciendo que un bicho estaba rancio. O que no estaba muy vivo. ¡Aj!

Pero aparte de chistes jedi, nuestro hogar se parecía a la Estrella de la Muerte (otro chiste jedi, sorry).

106

O sea, no es que estuviera en construcción permanente, como en las películas, sino que se escuchaba algo parecido a la respiración de Darth Vader.

Y ese era mi papá. ¡Cooooooooooooof!

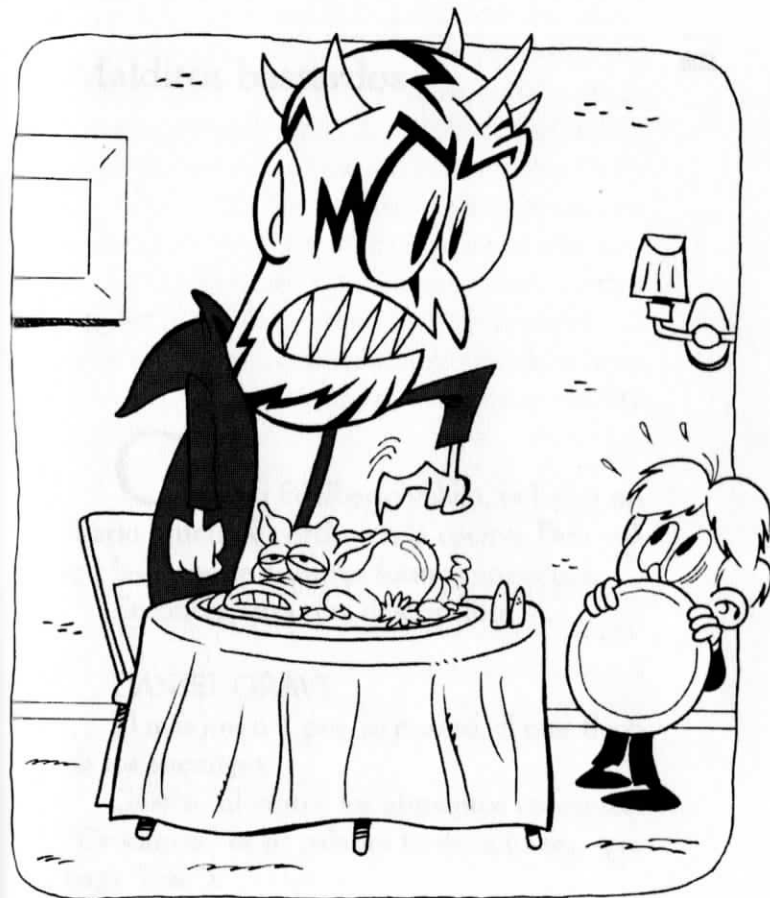
El resto de la nave permanecía en sus funciones, ya que teníamos que seguir volando. Obvio. Si nos deprimíamos o nos distraíamos, la nave se caía, se quemaba al entrar en la órbita de algún planeta, algunos se salvaban en las cápsulas de rescate y el resto, polvo eres y en polvo te convertirás.

Y si no eres clon ni robot, eso duele. Aunque a los pobres clones de más que les duele igual. Aunque sea la copia número 78.556.990.330 de Jango Fett. Pero bueno. Pasó el día y, finalmente, mi papá salió con un pequeño aparato digital lleno de información (es fósil, pero nunca tanto).

Se lo pasó a Edelberto, el primero de los "Bertos", y le pidió que lo llevara a imprimir. Doce copias, anilladas, para que todos tuvieran una.

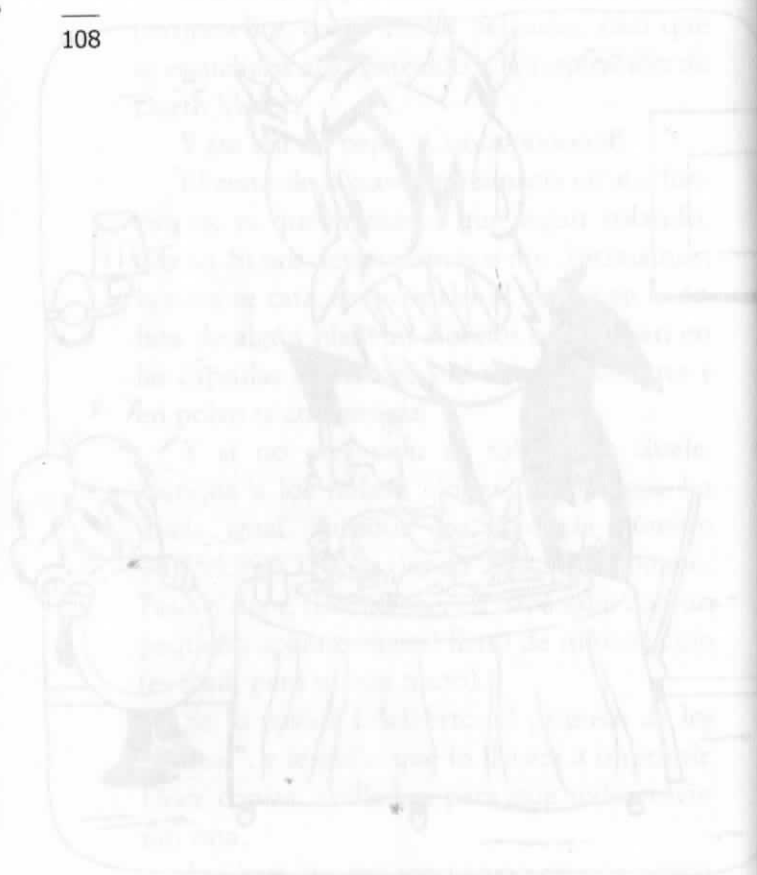
Les juro que me sentí como en una película de guerra y de espías.

Pero como soy chico, sería 006, con licen-



cia para matar... picarones.
A mordiscos. Sin piedad. Aunque pidan
perdón. Me da lo mismo, ¿Ok?

108



Malditos bastardos

Cuando Edelberto volvió, ya había un diario mural de corcho en la cocina. Para colgar las fotos de nuestros futuros enemigos.

Entonces, vaya una descripción:

DANIEL GRAVE.

El más joven y, por lo mismo, el más flaco de los enemigos.

Gustos: El vino y los alimentos crocantes. "Crocancia" es su palabra favorita (o sea, que haga "crac").

Disgustos: Los alimentos blandos. Le gustan duritos. Es que aún tiene todos sus dientes sanos y originales (es el más joven de los criti-

cos, ya lo dije).

Y aunque su apellido es Grave, es lo menos grave que hay. Siempre sale bien risueño en las fotos que se saca.

PILAR MALGUSTADO.

Tiene cara dulce y de niña buena, con ojos claritos y risa perfecta, pero...

Gustos: Una de sus especialidades es la cocina peruana, por lo que es uno de nuestros enemigos más poderosos.

Disgustos: Le gusta ir a comer en familia, por lo que le cargan los restaurantes caros.

Arma secreta: A veces escribe con chistes que hacen que todos se rían, menos los dueños de los restaurantes. ¡Brrr!

ROSITA NABONOVICH.

Es una viejita amorosa que siempre usa sombreros del mismo color de sus vestidos.

Gustos: Muere por los camarones. La vuelven tan loca, que hasta se saca el sombrero.

Disgustos: Odia que la atiendan lento. Es que como ella es lenta, si la atienden lento, termina comiendo el postre a la hora del desayuno. A veces habla como Yoda (chiste jedi *again*) y pide "de camarones un plato quisiera, tal vez".

Y finalmente, en el listado hay dos sujetos MUY pero MUY peligrosos.

Uno es el exchef Jordi (ver *Las descabelladas aventuras de Julito Cabello*, pero no el resumen, porque nunca ponen a Jordi). Primero tuvo un restaurante caro y asqueroso. Después intentó ser artista (ver *Julito Cabello contra la lata tóxica*). Y como nadie lo pescaba, hizo lo que hace la gente que nadie pesca: lanzó un blog de críticas.

¿Su nombre? ME COMERÉ TU CORAZÓN.

¡Qué cursi! ¡Verdad?

Y el último de la lista era un viejo conocido: El "Flaco" Espinoza, el crítico preferido de Iván Gord en el diario *La Quinta*, y que ahora ocupaba el mismo puesto que antes era de mi papito en el diario.

Maldito Espinoza.

A Espinoza, igual que a Gord, le gusta la comida que todo el mundo entiende. O sea, arroz con bistec, pollo con puré, porotos con riendas y, en especial, los completos. El resto de la comida le parece incomprensible, rara e inentendible (que es lo mismo que incomprensible).

En fin. Estos son quienes pueden traer la desgracia a "El inka guatón". Porque si salen críticas malas, nuestro "inka" tendría que ponerse a dieta.

Y toda la familia Cabello también.

A "apretarse el cinturón". ¿Se acuerdan?

Alarma, alarma

Bueno, la historia comenzó rápido, esa misma noche, cuando entraron por la puerta Daniel Grave y Pilar Malgustado. Juntos. ¡Qué doble crueldad! Eso no se permite ni en la WII.

Obviamente que habían reservado con un nombre falso (Daniel Greve y Pilar Hurtado), por lo que nadie sabía que iban a venir.

El ambiente en la cocina se puso tenso, tenso, tensof (mi papá).

—Muy bien, equipo, como les dije, hoy tenemos que hacerlo mejor que nunca. ¿Y Laura? ¿Dónde está nuestra cocinera?

—Tiene gripe, señor —dijo uno de los “Bertos”.

—¿Qué?! ¿Y quién va a cocinar hoy?

—Yo, señor —dijo Antonia entrando a la cocina.

En ese momento, mi papá se puso blanco como fantasma de película japonesa. Parecía maquillado con talco para poto de bebé.

—¿Tú, Antonia? ¿Tú?

—No se preocupe, don Julio. Lo de la otra vez no volverá a pasar. Es que estaba recién llegada y sin mi marido. Ahora soy otra, señor.

—Antonia, ¿se da cuenta de que nos estamos jugando el pellejo hoy?

—Sí, señor.

—¡Cof!

—¿Señor?

—Buenof. Será lo que tenga que ser. Ya lo saben todos: hay que hacerlo bien con todos los clientes. Nada de cosas especiales con los críticos, porque este es un restaurante para todos. ¿Entendido?

—Sí, señor, sí —dijeron todos al mismo tiempo (mentira, pero suena mejor, como película de guerra y al ataque).

Desde ese instante, todo se movió como la maquinaria de un reloj (metáfora), con mi papá como un director de orquesta (otra metáfora), mientras Julito-investigador observaba a los críticos, para luego hacer su informe. El que sigue a continuación:

1. Se tomaron dos piscos sour dobles. Se em-



pezaron a reír. Los dos sacaron unas libretas negras y se pusieron a escribir leseras (es que me caen mal).

2. Les llegaron los primeros platos en menos de diez minutos. Grave pidió algo crocante: chicharrón mixto. Malgustado pidió un trío de cebiches. Antes solicitaron la carta de vinos y la leyeron como si estuvieran estudiando las instrucciones del *Play Station 6* (que todavía ni existe, por lo que estarían muy concentrados). Les trajeron el vino y Grave olió el corcho, luego olisqueó la copa con el vino y después se tomó el vino de un tirón y dijo "Ok". Posero.

3. Sus platos les duraron exactamente dos minutos y medio. O no habían almorzado o les gustaron mucho.

4. Entonces llegaron los platos principales. Malgustado pidió el más barato, obvio: ají de gallina. Y Grave, el más caro: lenguado a lo macho.

5. Respiraron profundo.

6. Tomaron vuelo.

7. Probaron sus platos.

8. Tres minutos y quince segundos. ¿Les darán de comer en sus casas? En serio.

9. Pidieron otra botella de vino. Esta vez ni olieron el corcho. Duración de la botella: quince minutos.

10. Les dio ataque de risa. Pidieron postres. Picarones.

11. Cuando los mordieron, cerraron los ojos.

12. Se pararon apenas. Chocaron con una señora gorda y les dio otro ataque de risa. Se fueron riendo hasta que salieron del restaurante.

13. Creo que les gustó.

OBVIO QUE LES GUSTÓ, *nerds*.

Mientras tanto, en la cocina

De lo que pasó en la cocina, mientras tanto, me enteré después, cuando vi a mi papá con el botón desabrochado del pantalón y pasándose lentamente un mondadientes por cada hueco de su boca (hasta por cada caries), mirando al techo.

Como estaba nervioso con lo que iba a hacer Antonia, lo probó todo. Y todo le gustó. Cuando salían los platos, los probaba, y cuando volvían, se comía lo que quedaba en ellos, que siempre era poquito (¡qué asco, oh!). Después se puso a cucharear en las ollas y no paró de comer hasta que quedó echado en una silla de la cocina.

—Antonia... Antonia... Antonia... era lo único que decía.

Parece que Antonia era realmente una cocinera *top*. Porque cada uno de los “Bertos” que entraba a la cocina le decía:

—Le mandan felicitaciones.

—Dicen que les gustó mucho.

—Un señor quiere invitarla a salir (¡qué patudo!).

—Una pareja quiere repetirse el plato.

Cuando terminó la noche, los “Bertos” juntaron las propinas. Nunca habían dejado tanta plata. Era como el triple de las otras noches.

Realmente, algo distinto había pasado esa noche.

Cuando mi papá como que se despertó y fue a abrazar a Antonia, ella se quedó como momificada. En cambio, mi papá tenía cara de loco. La locura del picarón, creo.

Si mi mamá hubiera entrado en ese momento, un humano habría terminado convertido en cebiche.

¿Será muy chicloso mi papá?

Segundo round

¿Quiere que les cuente qué pasa en mi colegio, de Andrea (bonita, linda), de mi casa o de la María (zzz), de Beltrán y de Ismael (los *padawan* de la gramática) o de algo que no sea el restaurante?

Podría, pero en este momento de la vida, el futuro de los Cabello está puesto en el restaurante. Y en los adultos.

Entonces, olvidémonos de las pequeñas historias de los pequeños (menos yo y Andrea, obvio) para concentrarnos en la GRAN historia.

Por ejemplo, en la noche en que dos críticos más llegaron a “El inka guatón”.

¡Tatatataaán!

Primero que nada, una noticia para que sepan: con Antonia en la cocina aumentó el número de reservas.

O sea, la famosa kriptonita era la falta de marido a su lado.

¡Oh, el amor! (se pasaron).

Teníamos el restaurante lleno como para dos meses, en serio.

Es que Antonia cocina... Antonia... Antonia...

Ya me puse baboso, como mi papá.

Es que desde la noche en que empezó a dirigir la cocina del restaurante, a mi papá se le fue toda la tos. Yo creo que ya no estornuda ni se tira punes, en serio. Y los "Bertos" comenzaron a ganar el doble. Entonces: todos felices. Hasta que "Berto 3" entró a la cocina.

Llegó una señora viejita y con un sombrero color violeta. Y de vestido violeta.

¡Ajá! ¡Rosita Nabonovich!

Y también un tipo flaco, semipelado, con barba de dos días y que habla como si no pudiera sacarse los mocos.

¡Ajá! ¡Jordi!

Entonces, la gente de la cocina llamó al *consigliere* de guerra, mi papá.

MOMENTO CULTO.

En la mafia siciliana, cuando se entraba en guerra entre familias, se nombraba a un "consejero de guerra" o *consigliere*, el más apto

para tomar decisiones rápidas y, a veces, las más sangrientas.

FIN DEL MOMENTO CULTO.

(Que de culto, poco, porque esto aparece en la película *El Padrino*, que es rancia y para mayores de 18, ojo. Y ni la vean, porque es leeenta y violeeenta).

Mi papá-*consigliere* dijo entonces:

—Pásenle a Rosita la carta especial de platos con camarones (¡qué astuto!) y a Jordi regálenle un pisco sour triple por cuenta de la casa.

Vaya, vaya. Mi papá es *top*. *Full warrior*.

Y en resumen

Para no entrar en detalles, a Jordi tuvieron que subirlo al final en un radiotaxi, mientras iba diciendo: “Pisco sour, picarones, pisco sour, picarones sour”. Doña Rosita, en cambio, fue mucho más digna al final, aunque tiró su sombrero al aire después de probar cada plato. Y había que ir a buscárselo, se lo ponía, y al siguiente plato, volaba el sombrero.

Por suerte que no existe el Suspiro de camarón como postre.

FOME. Lo siento.

Al día siguiente salieron todas las críticas juntas en diarios, revistas e internet. Por eso, desde la mañana comenzó a sonar el teléfono

para pedir reservas.

Pobres ilusos. No había mesa como para medio año más.

Entonces, mi papá, para celebrar, invitó a todo el personal a almorzar.

Dejó que Beltrán y yo no fuéramos al colegio, porque era un día muy importante para la familia.

Mi mamá andaba *happy-happy-joy-joy*, porque su macho (Animal Planet) estaba radiante y triunfante. Toda la familia andaba feliz (menos María, que andaba felizzz), por lo que mi papá decidió hacer un asado.

Hacerlo él.

Cuando repartió los pedazos de carne entre los empleados del restaurante, al rato se hizo un silencio. Después se escuchó a la gente masticar, pero ningún "mmm", ni un "ooh", ni un "yuuuu". Todos mordían y tragaban sin decir "ni pío".

Pobre papito, aunque andaba tan feliz que ni se dio cuenta.

Pastelero a tus pasteles. O sea, crítico a tus críticas.

Y mejor no cocines, ¿Ok?

¡Pucha la carne dura, oh! Parece que la vaca tenía estrés (o sea, estaba tensa; es decir, nada peor que un chiste que hay que explicar y ya me voy, chao).





Y esa misma noche

Todo el personal de “El inka guatón” estaba un poquito enfiestado tras masticar la carne-chicle-suela de mi papá. Después del almuerzo dijeron ¡chaito! y se fueron a preparar para la noche.

Nadie pensaba lo que podía pasar.

Suspenseo.

Hasta que pasó.

Los primeros en llegar esa noche se parecían al Gordo y al Flaco (actores que mis papás veían cuando chicos, en blanco y negro; se supone que chistosos, pero nada).

Eran nada menos que Iván Gord y el “Flaco” Espinoza (fotos en el corcho de la cocina =

feos). Malditos.

Su reserva, anónima por supuesto, estaba a nombre de Hannibal y Lecter. ¿Cómo nadie se dio cuenta? ¿Acaso los “Bertos” no conocen los clásicos del terror terrorífico aterrador como *El silencio de los inocentes*?

130

Y ustedes, niños ñoños, tampoco pueden haber visto esa película canibalística; ojo, que es para grandes...

Y parece que da hartos sustos, dicen los viejitos.

Es que a lo mejor no dieron esa película en Perú, quizás. O a lo mejor allí le pusieron Edelberto Lecter, ¡je!

El tema es que cuando vieron las fotos empezó la revolución en la cocina, con mi papá un poco lento (cerveza+cerveza+cerveza = leento).

Pero Antonia ya tenía un plan ninja-inca.

—Mis hermanos —dijo parada arriba de la mesa del comedor—, nos quedan solo estos dos. Hoy terminaremos con todos nuestros enemigos. ¡Llévenles dos piscos sour triples, gratis!

Idea repetida, pero buena. Hasta que “Berto 5” entró en la cocina, con los piscos sour de vuelta.

—Dicen que no toman alcohol. Quieren bebidas diet.

¡Oh, no! Sobrios y crueles.

Entonces, Antonia agarró un papel y co-



menzó a escribir en una servilleta, como para explicar el robo a un banco, en serio. Llamó a “Berto 1” y “Berto 4” (su marido), les dio instrucciones y los mandó de nuevo a la mesa del Guatón y el Flaco.

Volvieron altiro.

—¿Qué dijeron?

—Que estaban de acuerdo. Que se ponían en las manos del chef, sin mirar la carta. Que nos sorprenda, dijeron.

A lo mejor querían comer *ratatouille* (chiste Pixar).

La cosa es que Antonia pidió que no la molestaran, dejó a Laura a cargo del resto de la cocina y puso manos a la obra.

Qué misterioso, ¿no?

A defender el pucará

Mi papá, que andaba como mono de peluche (blando), ni tosía. Pero veía lo que estaba pasando con una risa tipo foto (boba).

El restaurante estaba lleno-lleno y Laura cocinaba como una maestra, dando órdenes y poniendo todo en marcha.

Yo aproveché de espiar (Julito-investigador) y lo único que veía era a Gord y Espinoza tomándose sus bebidas con bombillas. Ridículos (me caen mal).

Entonces, Antonia se dio vuelta, aplaudió un par de veces y les dio un par de platos a “Berto 1” y “4”.

—Llévenselos.

Mi papá seguía con cara de peluche, pero yo, en representación de la familia, le hice la pregunta a Antonia:

—¿Estás segura de lo que haces?

—No se preocupe, Julito. Vaya a ver.

Entonces, semiabré la puerta de la cocina y lo que vi no lo creo, hasta hoy.

Gord y Espinoza parecían niños chicos robándose la comida de los platos entre ellos mientras ya pedían repetición (que les llegó rapidito).

Comían como si estuvieran volviendo de la guerra. Ni respiraban. Tragaban y tragaban.

Entremedio pidieron *ketchup* y toda la gente los miró.

¿*Ketchup*? Se pasaron.

Y comían, y mascaban, y tragaban. Se estaban inflando, por lo que se desabrocharon los botones de la camisa y después el botón del cinturón.

¿Nudistas? ¡Qué asco! Por suerte siguieron vestidos.

Y continuaron pidiendo, y comiendo, y pidiendo, hasta que fue hora de cerrar el restaurante.

Fueron como cuatro horas. Los ojos se les estaban saliendo, hasta que en una respiración pidieron la cuenta. Y ver al chef.

Antonia, toda digna, fue a saludarlos. Y ellos, muy poco dignos, se pararon a abrazarla y la hicieron sándwich. Casi quedó planita, la pobre.

Los dos lloraban de pura emoción, hasta que se cayeron sentados en sus sillas y entonces pidieron una porción (en verdad dos, extragrandes) para llevar.

Cuando se iban, apenas pasaron por la puerta; después "Berto 4" la cerró y todos se fueron a la cocina a aplaudir a Antonia.

Mi papá ni se despertó con el aplauso.

Entonces, obvio, hice la pregunta del millón de soles (moneda peruana, *nerds*).

—¿Qué fue lo que cocinaste, Antonia?

—Niño Julito, lo más sencillo de todo: salchipapas, salchichas cortadas con papas fritas y un aliño peruano secreto. Es un plato para niños. Les encanta.

O sea, Antonia es una verdadera cocinera-psicóloga.

Les hizo el *ratatouille* inca.

Y eso que no es ratón (chiste Pixar, de nuevo).

Dos días después

El sábado se escuchaba a mi papá y a María “zzz”, mientras todo seguía su curso natural. Esa noche, nuevamente estuvo todo LLENO. Mi mamá no podía creerlo.

Beltrán tampoco.

—Mamá, ¿por qué hay tanta gente?

—Es que el restaurante es muy bueno, mi amor.

—Ah. Pero yo no sé, porque nunca he comido su comida.

...

Error.

Ahí mi mamá se dio cuenta.

—Julito, ¿has comido lo que servimos en el

restaurante?

—No, mamita, solamente los picarones (con cara de “pobrecito yo”, me pasé).

—¿Y Andrea?

—Tampoco.

—Llámalas. Y usted, Laura, arme una mesa para la familia aquí, en la cocina.

Entonces, Rosa Parada —mi súper mamita— fue a despertar a Julio papá y a María. Vaya. Les mojó la cara y los sentó en esta mesa recién puesta.

—Bien, familia Cabello, hoy vamos a comer en “El inka guatón”.

—¿Vamos a un restaurante? —preguntó Beltrán.

—No, mi amor, porque estamos en un restaurante. Nuestro restaurante. ¡Antonia! ¡Sorpréndanos!

Y ahí llegaron salchipapas para todos. Y a María le hicieron un colado de salchipapas (simbólico no más, porque todavía no puede, aunque igual lo tiró por todos lados, antes de dormirse de nuevo).

Y Andrea, que ya estaba sentada con nosotros, lo dijo:

—Esto es la locura.

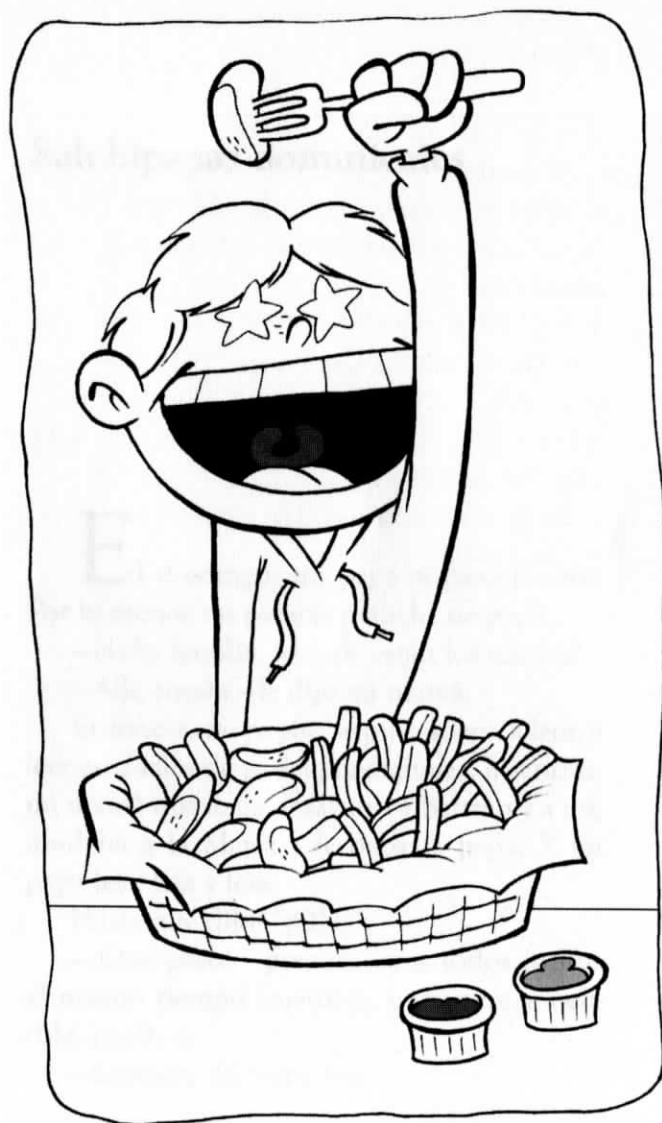
Nadie podía haberlo dicho mejor (linda).

Era la locura de rico.

Se pasó.

Y mi papá hubiera opinado lo mismo si hubiese estado más despierto.

Hasta que se despertó, de verdad, el domingo.





Salchipapas dominicales

El domingo, mi papá sí parecía vivo.
Por lo menos no parecía peluche de papá.

—Hola, familia, ¿dónde están los diarios?

—Allí, zombi —le dijo mi mamá.

Entonces, mi papito se puso a leer, a leer, a leer esos kilos de papel pre-digitales. Mientras, mi mamá nos daba desayuno a Beltrán y a mí, mudaba a la María y le daba la papa. Y mi papá leía, leía y leía.

Hasta que dijo: “¡OH!”.

—¿Qué pasó? —preguntamos todos juntos al mismo tiempo (mentira, pero parece película, ¿no?).

—Esperen, déjenme leer.

Silencio absoluto (aunque la María se tiro un peíto).

Silencio.

Silencio (peo de Beltrán, se pasó... de salchipapas).

Silencio (pffuuu, tengo mocos).

¿Cof?

No cof.

—Ni se imaginan la crítica de Espinoza.

—¿Le gustó el restaurante? —preguntó mi mamá, con la cara llena de risa.

—¿Qué hora es?

—Son cinco para las doce. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Que aquí dice que se aceptan reservas a partir del mediodía.

—Y bien, ¿qué significa eso?

—Solo escuchen.

Y desde las doce el teléfono no paró de sonar hasta la medianoche.

Doce horas de teléfono.

Parece que las salchipapas eran mágicas.

Qué siútico, me pasó.

Lo siento.

Uno de los llamados

Ese día fue satánico (perdón, Dios). El teléfono no paró de sonar. Todo el día. Teníamos reservas hasta el próximo siglo (metáfora, pero igual eran hartas).

Pero en medio de los llamados, alguien pidió hablar con mi papito.

—¿Sí?

—...

—Soy yo.

—...

—¿En serio?

—...

—Me gusta mucho su oferta. Déjeme pensar un poco.

—...

—Muy bien. Yo lo llamo.

Silencio (en medio del ring-ring-ring).

Entonces, mi mamá preguntó:

—¿Te ofrecieron trabajo?

—Parece que síf.

—¿Y significaría dejar el restaurante?

—Parece que síf.

—¿Eres idiota?

—Parece que síf... nof, nof. No te aproveches del pánico, Rosa.

—No pude evitarlo. Pero aparte de las bromas, ¿vas a pensar bien la decisión que vas a tomar?

—Necesito tiempo para no meter las patas. ¿Meter las patas? ¿Eso es paleolengua?

—Ok, mi amor. Avisame y avisanos cuando hayas tomado una decisión.

—Ustedes serán los primeros en saberlof.

Y cof, cof, cof. Todo el resto del día fue cof, ring, cof, ring, cof, ring. Mala cosa.

Los niños necesitamos un ambiente tranquilo para desarrollarnos. ¿Entendieron eso, adultos?

Ahora voy a toser yo.

¡Cof!

Y qué fuef.

Lo hago para puro molestarf.

Y ya se me pegóf.

¿Alguien tiene jarabe?

Semana de decisiones

Esa semana fue distinta en la casa, porque el restaurante seguía lleno, como siempre.

María dormía (parece chiste, ¿no?), mi mamá estaba esperando la decisión de mi papá y yo, obvio, quería saber de qué se trataba.

¿Cómo averiguarlo?

Con sutileza.

Toc-toc.

—¿Sí, Julito?

—¿Puedo pasar, papito?

—Por supuesto.

—Oye, tengo una pregunta: ¿qué trabajo te ofrecieron?

—Me ofrecieron volver a ser crítico de nue-

vo, pero en el diario *La Quinta*, donde estaba Espinoza, que se fue. Y quieren que yo lo haga.

—¿Y cuál es problema?

—Que no puedo ser crítico y dueño de restaurante al mismo tiempo. No es justo. Imagínate si me toca hablar de otro restaurante peruano o de uno que se ponga cerca de nuestra casa. Todos van a decir que opiné para perjudicarlos y beneficiar a “El inka guatón”.

—Cierto, papá. Muy noble de tu parte. ¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé todavía, porque el restaurante nos da de comer (monedas) y también le da trabajo a un grupo de gente. No es cosa de cerrarlo y volver a mi pasado. No es tan fácil.

—Pero ¿a ti te gusta hacer críticas o escribir?

—Me gusta escribir.

—¿Y por qué no escribes otras cosas?

—¿Quieres que sea crítico de videojuegos?

—¡Siiii!

• Eso no lo dije, aunque me imaginé tres consolas y millones de videojuegos y quedándome con mi papá hasta la madrugada jugando.

¡Yupiiii!

Pero no.

—No sé. Por ejemplo, acuérdate de los cuentos que me inventabas para dormir. Eran buenos.

—¿El cuento “El moco fantasma” o “La leyenda de los peos tiernos”?



—Los dos. Y tenías más.

—Es cierto, no eran malos. Gracias, Julito, lo pensaré eso de ser escritor.

—Ok, papá, chaito.

¿Le servirá mi consejo? Ojalá, porque “El moco fantasma” era pegajosamente bueno.

¡Aj!

Me acordé y me dio susto. Y ganas de so-
narme también.

Preguntas en el colegio

Como me gusta el método científico, aproveché para pedir todo tipo de consejos en el colegio, como para aconsejar después a mi papá.

Explicué con detalle todo lo que había pasado y lo que podría pasar. Entonces, escuché las siguientes respuestas:

Aarón: Hum, hum, hum.

(Traducción: “Hum, qué complicado lo tuyo”).

Cabezas y Mardones: Es un dilema ético (¡ÉTICO, QUÉ ES ESO!) De proporciones monumentales, pero no es una tragedia, ya que al restaurante le va bien. El problema es

qué pasa con la autoestima de tu progenitor y... ¡Julito? ¡Julito?

—Perdón, me dormí. Gracias.

Moncho: Lo único importante es que me consigas la receta de las salchipapas. Te pago lo que quieras, Julito.

—Ah, ya. Chau.

Andrea: Tu papá es una buena persona y no va a cerrar el restaurante, porque dejaría a gente sin trabajo. No creo que vuelva a hacer críticas. Ojalá escriba de otras cosas.

—Eso creo. Gracias, linda, perdón, Andrea. Entonces le pregunté a Ismael.

Ismael: Muy compleja tu pregunta para un niño como yo. No puedo ponerme en su lugar. Lo siento, pero no soy de gran ayuda.

Habla como abogado, ¿cierto?

¿Y Beltrán?

—No sé. Chao.

¿Quién me falta?

María: Zzz.

Mamá: Uf, Julito, es bien difícil todo esto. Por una parte, el restaurante nos ha resultado muy bien, pero, por otra, a tu papá le encanta escribir. No sé qué decirte.

Papás confundidos, creo yo.

Habrás que comer salchipapas, ¡hum!, para relajarse, digo.

A la mañana siguiente

Iba camino al baño, para el pipí matinal, cuando vi salir a mi papá de su escritorio. No había dormido (ojeras, mal afeitado, chascón, ropa arrugada y mal olor, creo). Iba con dos sobres grandes bajo su brazo.

—Hola, papá. ¿Qué es eso? ¿Más fichas de enemigos?

—No, Julito, es otra cosa.

—¿Y qué es entonces, padre mío?, ¿adónde vas con esos sobres?

—A hacer una apuesta sobre cuál va a ser mi destino, hijo mío. Deséame suerte.

Y salió.

—Suerte —alcancé a decir.

Cuando estábamos todos los Cabello desayunando, mi papá volvió.

—¿Qué pasó, Julio? —preguntó mi mamá.

—Tomé una decisión e hice una apuesta.

—¿A los caballos, papito? —preguntó Beltrán.

—No. No aposté a los caballos. Llamé al diario *La Quinta* y les dije que no aceptaría el puesto. Y acabo de hacer algo que, creo, decidirá cuál será mi destino.

¡Ta-ta-taaán!

—¿Y cuándo lo sabremos? —preguntó pantera-mamá.

—Como en un mes más.

¡UN MES MÁS!

Ojalá mi papá no se muera de tos antes.

¡Cof!





Un mes después

Cof.

Cof.

Cof.

Cof.

Cof.

Cof.

Cof.

Zzz (Maria).

Cof.

Cof.

Cof.

Cof.

Cof.

Cof.

Cof.
Cof.
Cof.
Cof.
Cof.
Cof.
COF.
Y pasó el mes.

Ese día

Una tarde de viernes cualquiera, Ismael y Beltrán bailaban *rock* en el living. Beltrán era el pato rockero e Ismael era el conejo rockero, dice él. Y ambos bichos bailaban y cantaban (¡ja, ja, ja!, eso juran) la canción "Somos tontos no pesados" (es que en mi casa hay pura música clásica).

El restaurante no dejaba de tener público. De hecho, ya había una mesa fija para Espinoza y Gord, que venían todos los días por sus salchipapas.

Y de verlos tanto, y de tan cerca, mi papá hasta terminó amigo de ellos, la dura. Y también de Rosita, de Grave y Malgustado, que

seguían viniendo. Incluso con Jordi comenzaron a hablar, y mi papá hasta le dio unos consejos para que intentara abrir otro restaurante, que era el mayor deseo de Jordi.

Es raro el tiempo y cómo lo cambia todo (Julito-filósofo).

“El inka guatón” era un éxito absoluto, pero como no podíamos abrir de día, ya que igual estaba en nuestra casa, había planes para abrir otro “inka”, a cargo de Laura.

O sea, mi papá había tomado una buena decisión al no cerrarlo y no volver a la crítica.

Mi mamita ya se había acostumbrado a la tos de mi papito y hasta la María andaba ya más despierta. Y ahora le gustaba tomar Inca Cola (pero sin gas, porque o si no: pun, y amarillo).

Ya nos habíamos olvidado de la “apuesta de mi papá”. La vida estaba llena de otras cosas. Como, por ejemplo, Andrea.

JULITO: Hola, Andrea.

ANDREA: Hola, Julito *man*.

JULITO: ¿Cómo estás?

ANDREA: Hoy bien, porque viene mi papá de visita el fin de semana. Y lo echo mucho de menos.

JULITO: Buena noticia.

ANDREA: ¿Y hay noticias de tu papá?

JULITO: ¿De su apuesta rara?

ANDREA: Obvio. Y de su tos y de su salud mental.

JULITO: Nada que sepaf. Y loco no está, aún.

ANDREA: ¿Y no quieres investigarlo, Julito-detective?

JULITO: ¿Y cómo, Andrea-detective?

ANDREA: Bueno, siempre se puede comenzar por internet. Espera.

...

ANDREA: ¿Cuál es el segundo apellido de tu papá?

JULITO: Es Julio Cabello Gómez.

ANDREA: Ok. Espérame.

...

ANDREA: Oye, Einstein, dile a tu papá que se busque en internet.

JULITO: ¿Mató a alguien? ¿Lo están buscando?

ANDREA: Sí, lo están buscando. Pero no por asesino. Chao. Anda rápido.

JULITO: Chau, guapa.

¿Escribí “guapa”?

¡Arg! Delete. ¡Plis!

Ese mismo día

Papá, ¿has revisado tu correo en internet?

—No, Julito. Tú sabes que el computador y yo tenemos una gran diferencia de edad.

—Bueno, pero ¿podrías hacerlo?

—¿Por qué?

—¡Hazlo!

—Bueno, pero no te enojés. Esto es casi bullying.

Entonces, mi papito se metió a su escritorio y cerró la puerta. Seguro que solo para molestarme. Pasaron los minutos, hasta que salió con una cara rarísima.

—¡Ja!

—¿Sí, papá?

—¡Ja!

—¡Ja, ja?

—¡Ja, ja!

—Ya, pero ¿qué más?

—Se los diré a todos: ¡Familia, a la cocina!

Beltrán e Ismael (que nunca más se fue, parece) llegaron a velocidad del rayo. Seguro que creían que era un regalo o algo así (ilusos).

Después entró mi mamá con la María, que estaba ¡despierta! (una señal mágica, creo, chulo yo). Entonces, mi papá tosió, pero no de nervios, sino para hablar. Y dijo:

—Familia, ahora soy escritor.

—Pero si tú ya escribías en el diario —expresó mi mamá.

—No. Soy escritor de verdad, como tú y tu libro que escribiste de flores y plantas.

—¿Escribiste de cactus, papá? —preguntó Beltrán.

—No. Me acabo de ganar un premio. El primer premio de un concurso.

—¿Concurso de qué? —pregunté yo.

—De literatura infantil.

—¿Escribiste “El moco fantasma”?

—Nooo. Escribí un libro chistoso de cocina para niños. Se llama “Grandes recetas para pequeños monstruos”. Me lo van a publicar y tengo que ir a recibir un premio.

En ese instante, todos abrazamos a mi papá, hasta Ismael, de puro colado.



(Y eso que nos dijo monstruos).

Esa era la famosa “apuesta” que había hecho.

Convertirse en escritor.

—Por todo eso, para celebrar, mañana voy a hacer un asado.

164

Ahí mi mamá planteó: “¿Y si mejor salimos a comer afuera, mi amooor?”.

Ídola, ella.

Cambios en el videojuego

Como les expliqué al principio de toda esta historia, mi casa es como un videojuego. Mi papá busca monedas y mi mamá lo ayuda. Así, nuestra familia tiene dónde vivir y qué comer.

Parece sencillo, pero no lo es, porque mi “papá Mario” estuvo a punto de no poder conseguir más monedas. Casi fue un drama, una tragedia, una desgracia, pero finalmente no fue así.

Ahora estamos viviendo la versión 2.0 de nuestra vida familiar, con algunos cambios (aunque la María volvió a quedarse dormida. ¡Se pasó!).

Aarón sigue siendo mi amigo y Andrea continúa siendo mi amiga (linda ella, y qué, y no mo-les-ten). Beltrán ahora habla un poco mejor por la influencia de Ismael. Mi mamá sigue escribiendo en la revista de plantas y flores. Y el restaurante continúa lleno todos los días.

Suena fome, lo sé, pero es que los pueblos felices no hacen historia.

Aunque el único que está infeliz, creo, es el Moncho. Ha venido un montón de veces al restaurante para intentar copiar la receta de las salchipapas, y cuando las ha hecho en el kiosco del colegio, quedan con gusto a calcetín sudado de gimnasia (no es que los haya probado, pero me lo imagino). Por eso le regalé el libro de recetas de niños de mi papá, pero no fue buena idea.

Porque aunque me escapé rápido, igual me achuntó.

Todavía me duele la cabeza.

Eso es maltrato infantil. ¿Lo sabían?

Aunque sus cochinas también podrían pasar como intento de asesinato infantil.

Es que todavía soy un niño.

Y me llamo Julito Cabello.

¿Lo sabían también?

Obvio que sí, *nerds*.

Y que no es fácil ser niño, ¿ya lo había dicho?

Parece que sí.

Lo siento mucho, pero parece que estoy madurando.

Y la gente que madura repite las mismas cosas.

¿Se han dado cuenta de que sus papás repiten lo mismo siempre?

A lo mejor estoy creciendo.

Pero no quiero crecer todavía.

Me gustan mis zapatillas.

¿Estoy diciendo puras tonteras?

Entonces me voy.

A comer picarones.

Chau.